Director de la colección «Textos de Geografía»
Carles Carreras i Verdaguer

Primera edición 1996

Copyright © Milton Santos

ISBN 84-281-0890-0
Depósito Legal: B-41.934-1996

© *oikos-tau*

Derechos reservados para todos los países de habla castellana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni la compilación en un sistema informático,
ni la transmisión en cualquier forma o por cualquir medio,
ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro o por otros medios,
ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma
de cesión del uso del ejemplar,
sin el permiso previo y por escrito
de los titulares del Copyright.

Printed in Spain - Impreso en España

Oikos-Tau, S.L. - industrias gráficas y editorial
Montserrat 12-14 - 08340 Vilassar de Mar (Barcelona)

Metamorfosis del espacio habitado

Milton Santos

Traducción:
Gloria María Vargas López de Mesa
(1995)

Revisión, corrección y composición:
Sergi Martínez Rigol

UNIVERSIDAD ICESI BIBLIOTECA
062252

oikos-tau
APARTADO 5347 - 08080 BARCELONA
VILASSAR DE MAR - BARCELONA - ESPAÑA

UNIVERSIDAD ICESI BIBLIOTECA

tradicionales de la Geografía a la luz de estas metamorfosis. Región, ciudad, jerarquía urbana, paisaje y espacio en todas sus implicaciones son los principales conceptos analizados. Finalmente plantea la necesidad de superación de las dualidades tradicionales de la Geografía, escindida entre física y humana, entre lo estático y lo dinámico, entre lo general y lo regional, avanzando un nuevo modelo analítico.

Este libro, que ha alcanzado ya cuatro ediciones en Brasil, supone la primera traducción extranjera, lo que constituye una gran aportación a la bibliografía geográfica en lengua castellana. Como indica el autor, la profesora Gloria María Vargas López de Mesa realizó la primera versión, que ha sido corregida y revisada por Sergi Martínez Rigol, del Grup d'Estudis Territorials i Urbans de la Universitat de Barcelona. A ellos hay que agradecer su desvelo e interés. A Jordi García Jacas, el editor, también, ya que a pesar de las leyes del mercado sigue publicando libros de Geografía, que constituyen la base de nuestro trabajo de formación de geógrafos.

Finalmente, hay que agradecer a Milton Santos, su lucidez y su empeño en seguir ilustrándonos. Sea esta publicación un homenaje, en un año tan especial, cuando Milton ha cumplido los setenta años en una madurez gloriosa y ha aceptado entrar en el claustro de doctores de la Universitat de Barcelona.

Barcelona, Septiembre de 1996

Dr. Carles Carreras i Verdaguer
Catedràtic de Geografia Humana
Director del Departament de Geografia Humana
Universitat de Barcelona

Introducción

Este libro constituye, de alguna forma, una continuación de *Por una Geografia Nueva*, cuya primera edición la publicó la HUCITEC en 1978. Nuestra ambición, plasmada en la introducción de aquel libro, de desarrollar una serie de temas interrelacionados, se llevó a cabo durante diez años con un constante trabajo teórico, de investigación empírica, y de elaboración de cursos de licenciatura y de postgrado que ofrecimos en diferentes lugares a geógrafos, arquitectos y planificadores.

Algunos de los problemas que entonces planteamos fueron objeto de varios ensayos, algunos ya publicados, mientras que otros todavía no han tomado una forma definitiva. Mientras tanto, el desarrollo actual de la geografía brasileña exige una clarificación urgente de algunas categorías analíticas. La geografia crítica, que tanto auge tuvo en ese período, no puede puede permitirse ser sólo crítica. Para ser útil y poder utilitzarse, la crítica tiene que ser analítica y no sólo discursiva. Puede incluso ser destructiva, a partir del momento que tenga algo por proponer explícita o implícitamente, sin lo cual no contribuiría al avance del conocimiento.

Muchas tesis académicas, libros, y artículos de revistas, ya han ya han contribuido valiosamente a renovar las ideas sobre el espacio geográfico. Todavía hay mucho por hacer y es en esta línea donde deseamos inscribirnos modestamente. Este libro se concibió justamente para debatir algunas realidades del presente y sus conceptos resultantes. Por eso, los dos primeros capítulos buscan situar la geografía en el contexto del mundo actual, en tanto que los demás, tomando como punto de partida las metamorfosis del espacio habitado, buscan replantear

categorías tradicionales y sugerir algunas líneas de reflexión metodológica. Hablar sobre el espacio es insuficiente, si no se busca definirlo a la luz de la historia concreta. Hablar simplemente de espacio, sin ofrecer categorías de análisis también es insuficiente Por eso nos pareció oportuno distinguirlo del paisaje y de la configuración territorial, que, mientras tanto, aparecen como elementos fundamentales para su entendimiento. Esa comprensión pasa por el reconocimiento de la creciente imbricación entre lo natural y lo artificial, que permite abordar tanto el viejo debate sobre la definición de la geografía física y de la geografía humana, como la discusión sobre el sentido de la geografía general en relación con la geografía regional. Todo esto compromete diferentes visiones del movimiento de las contradicciones cuyo resultado son las metamorfosis del espacio.

Denise Elias, futura Doctora en Geografia de la Universidad de São Paulo, me ayudó tanto en la discusión sobre el proyecto del libro, como en su redacción. Espero que esta obra, por su lenguaje, sea accesible al mayor número de lectores, sin ánimo de caer en simplismos ofensivos.

Los capítulos 1 y 2 fueron publicados conjuntamente como artículos en francés, inglés y español por el *International Social Science Journal*, v 36, no. 4, de la UNESCO en 1984 y por la *Revista Brasileira de Tecnologia* del CNPq, en 1985 y el capítulo 3 apareció también en forma de artículo en la revista *Arquitectura e Urbanismo*, nov. 1985. Los demás capítulos son inéditos.

Milton Santos

1

El redescubrimiento y la remodelación del planeta en el período técnico-científico y los nuevos roles de las ciencias

Entre los múltiples aspectos del período actual, es obligatorio reconocer las relaciones entre las condiciones de realización histórica y la nueva revolución científica. Esa revolución histórica y científica atribuye a las ciencias del hombre y de la sociedad un lugar todavía más privilegiado en el conjunto del conocimiento. En un mundo reestructurado así, le incumbe un papel particular a la ciencia geográfica - una ciencia del espacio del hombre. Debemos interrogarnos sobre los problemas que, desde esta óptica, se plantean para su realización, frente al conflicto que ocasiona, a la actualización de la disciplina y sus actuales estructuras, los nuevos contenidos. ¿Se puede pensar que la inercia se impondrá al movimiento, impidiéndole su desarrollo, o se debe creer en la afirmación de una geografía renovada?

1.1 De la internacionalización a la globalización

No sin razón K. Polanyi habló de una "Gran Transformación" al presentar los profundos cambios impuestos a nuestra civilización desde el inicio del siglo[1]. ¿Qué decir

[1] "La civilización del siglo XIX naufraga. Este libro trata de los orígenes políticos y económicos del acontecimiento y de la gran transformación que le sucedió.

Esa civilización se apoyaba en cuatro instituciones. La primera era el sistema de equilibrio de fuerzas que durante un siglo permitió evitar la deflagración de grandes y devastadoras guerras entre las potencias. La segunda fue el patrón oro como

entonces de la verdadera subversión que el mundo conoció a partir de finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando se inició, por mediación de la globalización, una fase enteramente nueva de la historia?

Ciertamente, lo que estamos viviendo ahora ha sido largamente preparado y el proceso de internacionalización viene de lejos. El proyecto de mundializar las relaciones económicas, sociales y políticas empieza con la extensión de las fronteras del comercio a comienzos del siglo XVI, avanza intermitentemente a través de los siglos de expansión capitalista para finalmente ganar cuerpo en el momento en que se impone una nueva revolución científica y técnica y en que las formas de vida en el Planeta sufren una repentina transformación. Las relaciones del hombre con la naturaleza conllevan una transformación, gracias a los formidables medios puestos a disposición del primero. Hubo cambios cualitativos sorprendentes, el más notable fue la posibilidad de conocer y utilizar todo a escala planetaria, convertida desde entonces en el cuadro de relaciones sociales. Ahora podemos hablar de mundialización ya que antes se trataba de mera internacionalización[2].

Dado el nuevo alcance de la historia, importa "revisar toda la estructura de los postulados y prejuicios en los cuales se asentaba nuestra visión del mundo", en palabras de G. Barraclough (1965, p. 10). Más recientemente Katona y Strumpel (1978, pp. 2-3) critican la visión económica poco influenciada por nuevas realidades, lamentando que factores

referencia internacional que simbolizaba la organización única de la economía mundial. La tercera era el mercado auto-regulado que generó un bienestar sin precedentes. La cuarta era el Estado liberal. Según una cierta clasificación, dos de ellas eran nacionales y las otras dos internacionales. Juntas determinaron las grandes líneas de la historia de nuestra civilización". Karl Polanyi, *The Great Transformation* (1944) Boston, Beacon, 1957, p.2

[2] "El sistema capitalista fue siempre un sistema mundial. No podremos comprenderlo si excluimos la interacción entre el efecto interno de una de sus partes y los efectos externos sobre esa parte. Por eso la contribución de aquellos que enfatizaron el papel de la periferia en el establecimiento del capitalismo desde su inicio no es ni pequeño ni complementario. (...)." Samir Amin, 1980, p. 187

"Aunque haya sido siempre un sistema mundial, el sistema capitalista pasó por diversos niveles (...)". Samir Amin, 1980, p. 188.

como las finanzas se estudien todavía en un contexto puramente nacional, y no en su contexto global. La sociología, tal como se fundó en la segunda mitad del siglo XIX debería substituirse según A. Bergensen (1970, p. 1) por una "visión sistemática mundial", más adaptada a las nuevas realidades.

Pero ¿será posible sostener que ese sistema mundial (A. Bergensen y R. Schoenberg, 1980), llámese sociedad mundial (Ralph Pettman, 1979) o sistema global, existe (G. Modelski)? Sería el resultado de todas las posibles interconexiones, entre las más lejanas y diferentes sociedades nacionales, por fuerza de las nuevas condiciones de realización de la vida social; o sea, de una división mundial capitalista del trabajo, basada en el desarrollo de fuerzas productivas a escala mundial y dirigida por mediación de los Estados y las multinacionales o de las empresas transnacionales[3].

La universalización del mundo puede constatarse en los hechos. Universalización de la producción, que incluye la producción agrícola, los procesos productivos y el marketing. Universalización de los intercambios, del capital y de su mercado, de la mercancía, de los precios y del dinero como mercancía-patrón, de las finanzas y de las deudas, del modelo de utilización de los recursos por medio de una universalización racional de las técnicas[4], universalización del trabajo, es decir,

[3] "En la fase del monopolio múltiple transnacional, el desarrollo de las fuerzas productivas se desarrolla a escala planetaria. La consecuencia de la división mundial capitalista del trabajo es al mismo tiempo una especialización avanzada y una integración. La posibilidad concreta de localizar sectores, procesos, fábricas, explotaciones económicas, de utilizar redes de transporte y comercialización, de obtener informaciones prácticamente instantáneas de todas partes y procesarlas electrónicamente en esos centros estratégicamente distribuidos, de influenciar de manera decisiva en las resoluciones políticas nacionales o multinacionales, o de movilizar rápidamente funcionarios y agentes por todo el mundo; todo eso transforma las corporaciones múltiples en factores poderosos de una compleja combinación de las fuerzas productivas, con variables mucho más numerosas y parámetros operacionales que actúan en varios niveles de agregación." M. Zavala, p. 43.

[4] "(...) una triple universalidad: universalidad espacial, universalidad cualitativa, universalidad relacional". S. Breton, 1968, p. 112

"(...) La universalidad relacional (...) concretamente (...) se define por la comunicación de todas las técnicas que se relacionan unas con otras en un afán de

del mercado de trabajo y del trabajo improductivo, del ambiente de empresas y de las economías, de los gustos, del consumo y de la alimentación. Universalización de la cultura y de los modelos de vida social, de una racionalidad al servicio del capital erigida en moralidad igualmente universalizada, universalidad de una ideología mercantil concebida desde el exterior, universalización del espacio, de la sociedad mundializada y del hombre amenazado por una alienación total.

Vivimos en un mundo donde la ley del valor mundializado rige la producción total, por medio de las producciones y las técnicas dominantes, las que utilizan el trabajo científico universal previsto por Marx[5]. Con base en todas esas producciones, también es universal, y su realización depende en lo sucesivo de un mercado mundial.

¿Es completa esa mundialización? Para muchos, no habría, por ejemplo, mundialización de las clases sociales (V. Navarro, 1982 y A. Bergensen, 1980, p. 10) ni una moralidad universal, así ésta fuera de los Estados. Si las empresas multinacionales crean siempre burguesías transnacionales (R. L. Sklar, 1976), y si en todos los países existen instituciones de naturaleza semejante, las clases aún se definen territorialmente, de la misma manera que las aspiraciones y el carácter de un pueblo todavía están en función de las herencias históricas. Los Estados, cuyo número se multiplicó debido a las nuevas condiciones históricas, constituyen un sistema mundial, pero individualmente son, al mismo tiempo. una puerta de entrada y una barrera para las influencias exógenas. Su acción, aunque autoritaria, se afirma en las realidades preexistentes y por eso jamás induce una mundialización completa de las estructuras profundas de la Nación. Pero esto no basta para impedir que se hable de globalización.

complementariedad que condiciona simultáneamente la posibilidad de su existencia y la de su eficacia". S. Breton, 1968, p. 114.

[5] "Marx utilizó de manera explícita la categoría "trabajo universal" en relación al trabajo científico". Ernest Mandel, 1980. p. 132.

1.2 ¿Un período técnico-científico?

Es posible discrepar en cuanto a la denominación y a las características del actual período histórico. Lo vivimos, pero no hay nada más difícil que definir el presente. No obstante, sabemos de antemano que nuestra época implicó una revolución global todavía inconclusa, pero cuyos efectos son perceptibles en todos los aspectos de la vida. Como dice Lucien Goldman (1978, pp.185-186) "a partir de la Segunda Guerra Mundial, se hace más evidente para los investigadores serios la existencia de un tercer tipo de capitalismo, con varias denominaciones como: capitalismo de organización, sociedad de masas, etc. Se trata, siempre del capitalismo, sin duda, pero con cambios esenciales". Esta época nos sugiere tener presente la advertencia de Marx, para quien "el destino de las nuevas creaciones históricas es el de ser consideradas como una contrapartida de las formas antiguas, y hasta muertas, de la vida social, a las cuales se asemejan".[6] Creemos, como tantos otros, que las perturbaciones que caracterizan esta fase de la historia humana provienen en gran parte, de los extraordinarios progresos en el campo de las ciencias y de las técnicas. Estaríamos en el período del capitalismo tecnológico, según L. Kaarpik (1972), o de la sociedad tecnológica, conforme a H. Lefèvre (1971).

Sin duda podemos preguntarnos, por un lado, si el desarrollo económico no dependió siempre del progreso científico (Tsuru, 1961; P. Jalée, 1969; Ch. Bettelheim, 1967; R. Aron, 1961; J. Ellul, 1954), o recordar como hizo E. Mandel (1980) que apenas nos encontramos en la tercera revolución científica; y por otra parte sería bueno plantear con frecuencia la pregunta de R. Heilbroner (1967): "¿Las máquinas hacen la historia?". Están los que creen en una especie de determinismo

[6] *The Paris Commune*, Moscou, Progress Publishers, 1970, p. 58.

tecnológico[7] y los que se ponen en guardia contra todo riesgo implícito en la creencia de una "ilusión tecnológica". Preferimos la compañía de estos últimos, sin por ello minimizar el papel fundamental desempeñado por los progresos científicos y técnicos en las transformaciones acaecidas recientemente en el planeta. Esta "transformación total de los fundamentos de la vida humana" de que habla Bernal habría sido imposible de otra forma.[8]

Ahora se plantea una verdadera interdependencia entre la ciencia y la técnica, contrariamente a lo que sucedía antes. De hecho, como observó R. Richta (1970, p.37), hoy "la ciencia precede a la técnica", aunque su realización esté cada vez más subordinada a esta última. La tecnología de ahí resultante se utiliza a escala mundial, donde sólo cuenta con una búsqueda desenfrenada de lucro, donde quiera que las condiciones lo permitan. Este es un dato fundamental de la situación actual. El hecho de que la tecnología se haya convertido en un elemento exógeno para gran parte de la humanidad – ya señalado por A. Herrera (*in* C. Mendes, 1977, p.159) – acarrea consecuencias de enorme alcance, ya que su utilización universal, casi siempre sin relación con los recursos naturales y humanos locales, es causa de graves distorsiones. Ahora, todo eso sólo es posible porque el trabajo científico fue prácticamente puesto al servicio de la producción. La ciencia tiene en adelante un papel productivo (J. Thibault,1967).

[7] "Muchos historiadores se inclinaron a considerar la tecnología como si tuviese una importancia ocasional y hasta recientemente ignoraron su influencia. Otros científicos sociales como W.F. Ogburn fueron de hecho partidarios de un determinismo tecnológico que consideraba que la tecnología controla las formas sociales y las normas culturales. La antropóloga Leslie White dice explícitamente que 'los sistemas sociales' son verdaderamente secundarios y subsidiarios en relación a los sistemas tecnológicos (...). La tecnología sería, para ellos, la variable independiente, y el sistema social 'la variable dependiente". Victor Ferkisss, 1970, p.37.

[8] "(...) el término revolución científica y técnica lo propuso Bernal para designar la transformación total de los fundamentos de la vida humana, orgánicamente ligados a las transformaciones de la propia vida". R. Richta, 1970, p.43.

1.3 Mundialización perversa y perversión de las ciencias

La mundialización que se percibe es perversa (Santos, 1978). Concentración y centralización de la economía y del poder político, cultura de masas, cientifización de la burocracia, fuerte centralización de las decisiones y de la información, sirven de base para estimular las desigualdades entre países y entre clases sociales, así como para la opresión y desintegración del individuo. De esta forma se comprende que haya correpondencia entre sociedad global y crisis global. Es igualmente comprensible, pero lamentable, que ese movimiento general haya alcanzado a la propia actividad científica.

El redescubrimiento del Planeta y del hombre, es decir, la ampliación del saber al respecto, son apenas dos términos de la misma ecuación. Esa ecuación está presidida por la producción en sus formas materiales e inmateriales. Los conocimientos actúan sobre los instrumentos de trabajo, imponiéndoles modificaciones no raramente brutales y produciendo males o beneficios, según las condiciones de utilización.

Cuando la ciencia se deja subordinar claramente a una tecnología cuyos objetivos son más económicos que sociales, se vuelve tributaria de los intereses de la producción y de los productores hegemónicos, y renuncia a toda vocación de servir a la sociedad. Se trata de un saber instrumentalizado, donde la metodología substituye al método.

Un saber comprometido con intereses e institucionalizado en función de conocimientos estrictamente delimitados, acaba por sufrir una fragmentación cuyo resultado es, no la autonomía deseable de las disciplinas científicas, sino su separación. La evolución económica agrava esa distancia y nos aleja cada vez más de un enfoque global y de la visión crítica que este permite. Entonces, el trabajo del científico se ve despojado de su contenido teleológico y debe realizarse según una óptica puramente pragmática para atender a los que exigen las investigaciones o dirigen las instituciones de enseñanza. Cuando el trabajo científico debe atender objetivos utilitariamente establecidos, tenemos ante nosotros el divorcio entre la teoría y la práctica (A. Gouldner, 1976). De esto se

desprende la posibilidad del éxito práctico de las falsas teorías (M. Bunge, 1968). He aquí porqué se habló, y con razón, de la perversión de la ciencia.[9]

En ese contexto, las ciencias sociales no son la excepción. El mismo movimiento también las deformó y descaracterizó. Nunca es excesivo insistir en el riesgo que representa una ciencia social monodisciplinar, sin interés por las relaciones globales entre los diferentes vectores que constituyen la sociedad como un todo. Tal vez se puede encontrar una de las principales causas de la crisis actual de las ciencias sociales en su insularidad. Buena parte de la producción intelectual en ese campo desprecia los estudios mundiales globalizantes. Ese atraso en relación al mundo, es una de las peculiaridades de ese desatino de las ciencias humanas. Incapaces de comprender la separación entre principios y normas (A. Catemario, 1968, p.74), y por eso mismo empobrecidas, no sorprende constatar las múltiples formas de su sumisión a intereses, casi siempre no gloriosos, del mundo de la producción. Se sitúan, algunas veces sin juicio crítico, al servicio del *marketing*, de aquello que se considera relaciones humanas, de toda clase de *social engineering* y de producción, amparados por las ideologías (Michael Useem, 1976), y reduciendo así gradualmente sus posibilidades. De ese modo las ciencias sociales muestran un tendencioso interés por las contradicciones más importantes: el Estado y las empresas multinacionales, el Estado y la nación, el crecimiento y el empobrecimiento, el este y el oeste, el desarrollo y el subdesarrollo, etc., para ocultar las causas reales y los resultados previsibles de las conexiones entre fenómenos.

Así, al reducir su alcance y fragmentar su campo de acción, las ciencias sociales se internacionalizan, volviéndose incapaces de una visión mundial crítica. Los excesos de

[9] "Un rasgo notable del período actual es que los análisis vivamente críticos de la empresa científica provienen de universitarios respetables, cuyo radicalismo es moderado o nulo. Esa crítica de la ciencia, repetable y hecha desde el interior, expresa la nueva conciencia de la ciencia y el abandono de su anterior seguridad. Cuando se consideran las declaraciones de portavoces de la ciencia, se queda uno sorprendido por su carácter propagandístico. El científico era, para personas como T. Huxley (1894), von Helmhotz (1893) o Karl Pearson (1892), un ejemplo de las mayores virtudes intelectuales y morales". J. P. Ravetz, p. 79.

especialización y la pérdida de ambición de universalidad son dos aspectos de una misma cuestión que permiten su utilización perversa.

La geografía no escapa a esa tendencia. Desarrollada parcialmente bajo el signo del utilitarismo, y basada en la economía neoclásica – por lo tanto aespacial – se veía obligada a negarse a sí misma. Por eso cuenta entre sus debilidades con el hecho de no tener un objeto claramente definido y la pobreza teórica y epistemológica sobre la cual reposa su práctica. La inexistencia de un sistema de referencias más sólido, explica finalmente el papel de relevo que esa disciplina desempeñó en la reorganización no equitativa del espacio y de la sociedad, tanto a nivel mundial como local.

1.4 Las posibilidades de las ciencias del hombre

Aunque marcado por actividades casi siempre desviadas hacia preocupaciones inmediatistas y utilitaristas, el actual período histórico encierra igualmente el germen de un cambio de tendencia. Si de una parte la ciencia se vuelve una fuerza productiva, se observa, por otra, un aumento de la importancia del hombre – es decir, de su saber – en el proceso productivo. Ese saber permite un conocimiento más amplio y profundo del planeta, constituyendo un verdadero redescubrimiento del mundo y de las enormes posibilidades que contiene, pues la propia actividad humana se revaloriza. Sólo falta colocar esos inmensos recursos al servicio de la humanidad. Se trata de una tarea de gran envergadura, pero no imposible, que supone la existencia de una ciencia autónoma, tal y como la definió R. Wuthrow (1980, p.30).

Por el momento, las condiciones locales de realización de la economía internacional acaban por privilegiar al imperativo tecnológico, conjuntos técnicos considerados fijos, ya que la propia ciencia económica parece organizar sus postulados en función de las ecuaciones técnicas rígidas. Cabe ahora llegar a una liberación de ese imperativo tecnológico y subordinar las opciones técnicas a finalidades mucho más amplias que la propia economía. Se ve que no se trata en

absoluto de una cuestión técnica ni del ámbito de las ciencias exactas, pues el problema es respecto a las ciencias sociales, cuya responsabilidad se ve así aumentada.

Aunque impuesta por necesidades históricas, el redescubrimiento de la naturaleza y del hombre debe atribuirse sobre todo a las disciplinas naturales, biológicas y exactas, o sea a las "ciencias". Eso sugirió en las "no ciencias", disciplinas del hombre y de la sociedad, un nuevo valor, todavía insuficientemente evaluado, en la construcción racional de la historia.

Los nuevos conocimientos " científicos" apuntan hacia el reino de lo posible, mientras que su realización concreta pertenece más al ámbito de las condiciones económicas, culturales y políticas. Como el futuro no es único, pero debe ser escogido, son las ciencias sociales las que se transforman en ciencias de base para una construcción voluntaria de la historia. ¿Cómo?. Se trata de ampliar su base filosófica de tal modo que las preocupaciones teleológicas no constituyan obstáculo a la fiel transcripción de los fenómenos.

Las nuevas realidades son al mismo tiempo causa y consecuencia de una multiplicación de posibilidades, potenciales o concretas, cuya multiplicidad de disposiciones son un factor de complejidad y de diferenciación crecientes. No se trata aquí de adaptación del pasado, sino de subversión de las concepciones fundamentales y de las formas de abordar los temas de análisis. Eso equivale a afirmar que cambian al mismo tiempo el contenido, el método, las categorías de estudio y las palabras claves.

En cuanto promesa, el crecimiento de las posibilidades se refiere al mundo entero y a toda la humanidad, pero la historización y la geografización de las posibilidades están sujetas a la ley de las necesidades. La división de los ámbitos no es siempre nítida, pero se puede pensar que, en un mundo construído así, son las ciencias del hombre las que avanzan. Además, un sinúmero de combinaciones, en adelante posibles, no son deseables; otras, igualmente numerosas, no son convenientes en todos los países o regiones.

2

La renovación de una disciplina amenazada

La importancia actual del territorio (para no hablar de espacio...) en la construcción de la historia puede indicarse por el creciente interés que le dedican no sólo geógrafos sino también, y cada vez más, los urbanistas, los planificadores, científicos tan diversos como economistas, sociólogos, etnólogos, politicólogos, historiadores, demógrafos, etc. Tanto Nels Anderson (1965, p.5) como, más recientemente, Pierre George (1982, p.1) señalaron que el así llamado objeto tradicional de la geografía era tratado cada vez más por varios especialistas. "Nuestro objeto", lo estudiarían mejor otros, se queja V. D. Dennison (1981, pp.271-272).[1]

Por otra parte, la geografía que sucumbió a las seductoras exigencias del mundo de la producción, ¿no será víctima de una especialización exagerada?. Max Sorre, ya en 1957 (p. 10; pp. 35-36), hablaba de una amenaza de "desmembramiento". J. Allan Patmore (1980) llamó la atención sobre estos riesgos y, a pesar de su escepticismo, R. J. Johnston (1980) llegó a sugerir que, tal como iban las cosas, la disciplina acabaría en anarquía. La misma preocupación llevó a Brian Berry (1980, p. 449) a declarar, en su discurso presidencial de la Asociación de Geógrafos Americanos, que nos encaminábamos "del pluralismo a la permisividad". ¿Se puede

[1] La crítica de V. D. Dennison (1981) es severa. Para él la noción de región, que constituía el centro de la geografía tradicional, fue substituida en la geografía moderna por el estudio de conceptos e ideas. Pero esas "ideas y conceptos que ahora constituyen su base no son en absoluto específicos de la geografía, y no sería raro que fueran tomados de otras disciplinas".

entonces decir, como afirma M. E. Eliot-Hurst (1980, p. 3), que se trata de una disciplina moribunda?. Se trata sin duda de una disciplina amenazada. Pero las amenazas vienen mucho más de ella misma en su estado actual, que de las disciplinas vecinas.

La cuestión se complica cuando admitimos, junto con R. J. Johnston (1980), que existen tantas geografías como geógrafos[2] o cuando reconocemos, con H. Lefèbvre (1974, p.15) que "los escritos especializados informan a sus lectores sobre todos los tipos de espacios precisamente especializados (...) habría una multiplicidad indefinida de espacios: geográficos, económicos, demográficos, sociológicos, ecológicos, comerciales, nacionales, continentales, mundiales". Y. Lacoste (1981, p. 152) sintetiza hasta cierto punto esos pareceres al escribir: "De hecho existen tantas concepciones del 'espacio geográfico' o del 'espacio social' como tendencias 'de escuelas' en geografía, sociología o tecnología; al final, existen tantas manera de ver las cosas como individualidades conduciendo una *demarché* científica (...)".

Es evidente que existen diversas percepciones de las mismas cosas, porque existen diferentes individuos. Pero, ¿se debe por eso renunciar a la aproximación de una definición objetiva de las realidades?. Contrariamente, no se sabría siquiera por donde empezar el trabajo científico. Estaríamos siempre a merced de una ambigüedad. En efecto, para el asunto que nos interesa, es necesario transformar en uno sólo lo que parece ser un problema doble. Se trata de definir el espacio de la geografía, tanto si es una geografía renovada o redefinida, y establecer así su objeto y sus límites.[3]

[2] Allí donde Johnston afirma que todo lo que los geógrafos hacen es geografía, Alain Bidaud, Maurice Blondeau y Anne-Marie Gérin (1978) prefieren preguntarse: "¿Existen tantas geografías como geógrafos?"

[3] "Para tener un papel específico y útil, una ciencia necesita un campo de trabajo particular y también de su propio conjunto de conceptos. ¿Se pueden definir las características de las geografías?" Arild Holt-Jensen, 1981, p. 4.

2.1 En busca de un objeto: el espacio

Un sistema de realidades, o sea, un sistema formado por las cosas y la vida que las anima, supone una legalidad: una estructuración y una ley de funcionamiento. La explicación, es decir, su teoría, es un sistema construido desde una filosofía cuyas categorías de pensamiento reproducen la estructura que asegura el encadenamiento de los hechos. Si la llamaramos de organización espacial, estructura espacial, organización del espacio, estructura territorial o simplemente espacio, sólo cambiaría la denominación y esto no es fundamental. El problema es encontrar las categorías de análisis que nos permitan su conocimiento sistemático, es decir, la posibilidad de proponer un análisis y una síntesis cuyos elementos constituyentes sean los mismos.

Recientemente los geógrafos perdieron mucho tiempo y talento en una discusión semántica sin salida. Por ejemplo, algunos prefieren hablar de espacialidad o hasta de espacialización de la sociedad, rechazando la palabra espacio, así se trate del espacio social. Sin embargo, la renovación de la geografía pasa por la depuración de la noción de espacio y por la investigación de sus categorías de análisis. Cuando Armando Corrêa da Silva (1982, p.52) enuncia que no hay geografía sin teoría espacial consistente, afirma también que esa ¡"teoría espacial consistente" sólo es válida analíticamente si se dispusiera de un "concepto referente a la naturaleza del espacio".

El espacio no es ni una cosa ni un sistema de cosas, sino una realidad relacional: cosas y relaciones juntas.[4] Por esto

[4] "Es importante considerar los tres modos por los cuales el espacio puede conceptualizarse. En primer lugar, el espacio puede ser visto desde un sentido absoluto, como una cosa en sí, con existencia específica, determinada, de manera única. Es el espacio del agrimensor y del cartógrafo, identificado mediante un cuadro de referencia convencional, especialmente las latitudes y longitudes. En segundo lugar, hay un espacio relativo, que pone de relieve las relaciones entre objetos y que existe solamente por el hecho de que esos objetos existan y estén en relación unos con otros. Así, si tuviéramos tres localidades A, B, C, las dos primeras físicamente próximas, mientras que C está más lejos pero dispone de mejores medios de transporte hacia A, es posible afirmar en términos relativos espaciales, que las localidades A y C están más próximas entre sí que A y B. En tercer lugar está el espacio relacional, donde el espacio es

su definición sólo puede situarse en relación a otras realidades: la naturaleza y la sociedad, mediatizadas por el trabajo. Por lo tanto, no es, como las definiciones clásicas de geografía, el resultado de una interacción entre el hombre y la naturaleza bruta, ni siquiera de una amalgama formada por la sociedad de hoy y el medio ambiente.

El espacio debe considerarse como el conjunto indisociable del que participan, por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y por otro, la vida que los llena y anima, la sociedad en movimiento. El contenido (de la sociedad) no es independiente de la forma (los objetos geográficos); cada forma encierra un conjunto de formas, que contienen fracciones de la sociedad en movimiento. Las formas, pues, tienen un papel en la realización social.

En cuanto totalidad, la sociedad es un conjunto de posibilidades. La totalidad, afirma Kant, es la "pluralidad considerada como unidad" o la "unidad de la diversidad", según A. Labriola (1982) y E. Sereni (1970). Esa unidad no es más que la esencia nueva o renovada, cuya vocación consiste en dejar de ser potencia para volverse acto. Este contenido – la esencia – puede equipararse a una sociedad en marcha, en evolución, en movimiento. O, mejor, a su presente todavía no realizado.

El contenido corporificado, al ser transformado en existencia, es la sociedad incorporada a las formas geográficas, la sociedad transformada en espacio. La fenomenología del espíritu de Hegel sería la transformación de la sociedad total en espacio total. La sociedad sería el ser; y el espacio, la existencia. El ser se metamorfosea en existencia por mediación de los procesos impuestos por sus propias determinaciones, las cuales hacen aparecer cada forma como una *forma contenido*, un individuo separado capaz de influenciar el cambio social. Es

percibido como contenido, y representa en el interior de si mismo otros tipos de relaciónes que existen entre objetos (...)". A. L. Mabogunje, 1980, p.52.

La tercera acepción de espacio de Mabogunje se acerca a la definición de geografía del japonés K. Takeuchi (1974, pp. 2-3): "Pensamos que la geografía humana actual debe considerarse como el estudio de los principios de organización espacial de las actividades humanas o aún como el análisis de los mecanismos y de los procesos que regulan el sistema espacial de actividades humanas integradas".

un movimiento permanente, y, por ese proceso infinito, la sociedad y el espacio evolucionan contradictoriamente (Santos, 1983, pp.43-46).

2.2 Importancia actual del espacio

La globalización de la sociedad y de la economía genera la mundialización del espacio geográfico, y le otorga un nuevo significado (S. Amin, 1980, p.226). En la evolución de la sociedad, cada uno de sus componentes tiene un papel diferente en el movimiento de la totalidad, y el rol de cada uno es distinto cada momento.

El espacio asume hoy en día una importancia fundamental, ya que la naturaleza se transforma en su totalidad, en una forma productiva (G. Prestipino, 1973, 1977, p.181). Cuando las necesidades del proceso productivo llegan a todos los lugares, de manera directa o indirecta, se crean paralelamente selectividades y jerarquías de utilización con la competencia activa o pasiva entre los diversos agentes. En consequencia, se plantea una reorganización de las funciones entre las diferentes fracciones del territorio. Cada punto del espacio adquiere entonces importancia, efectiva o potencial, que se desprende de sus propias virtualidades, naturales o sociales, preexistentes o adquiridas según intervenciones selectivas. Al mundializarse la producción, las posibilidades de cada lugar se afirman y se diferencian a nivel mundial. Dada la creciente internacionalización del capital y el ascenso de las empresas multinacionales, se observará una tendencia a la fijación mundial – y no nacional – de los costes de producción y a un equilibrio de las tasas de beneficios gracias a la mobilidad internacional del capital (E. Mandel, 1978, pp. 187-188), al mismo tiempo que la búsqueda de lugares más rentables será una constante.

Por esta razón las diferenciaciones geográficas adquieren una importancia estratégica fundamental, como advierte Y. Lacoste (1977, p 147). Se puede escoger a distancia el lugar ideal para una empresa concreta. Ross, Shakow y Susman (1980) recuerdan a propósito, que actualmente los

proyectos locales están subordinados a restricciones de naturaleza mundial.

Se puede, pues, decir con respecto a esas nuevas realidades, que tales especializaciones en la utilización del territorio –sean originalmente naturales o culturales, o provengan de intervenciones políticas y técnicas– significan un verdadero redescubrimiento de la Naturaleza o por lo menos una revalorización total, en la cual, cada parte, es decir, cada lugar, recibe un nuevo rol, gana un nuevo valor.

Como el fenómeno es general, se podría decir que en esta fase de la historia se afirma el carácter geográfico de la sociedad, al cual se refería ya en 1957C. van Paassen.[5] El hombre alcanza finalmente un conocimiento analítico y sintético de toda la Naturaleza y adquiere la capacidad de utilizar de una forma general y global las cosas que le rodean. A partir del momento en que la Naturaleza se define de una forma nueva y sus relaciones con el hombre se renuevan, se vuelve necesaria una renovación de las disciplinas que la estudian. Para la geografía, se trata de nuevas perspectivas y de una capacidad innovadora de trabajar con leyes universales.

2.3 Hacia una geografía global

Pero.. la geografía ¿ya no era global?. En el siglo XIX, K. Ritter y Vidal de la Blache hablaban de la unidad de la tierra. Un autor como K. Boulding (1966, p. 108), aunque economista, no duda en afirmar que la geografía es, entre todas, "la disciplina que interpretó la visión del estudio de la Tierra como un fenómeno global". Pero en un artículo reciente, V.D. Denison (1981, pp.271-272) parece responder afirmativa y negativamente a la pregunta, aunque para él esa disciplina sea sinónimo de estudios mundiales. Una cosa es la ambición de

[5] "La ciencia geográfica tiene una base fenomenológica, o sea, tiene su origen en una conciencia geográfica y vuelve a la sociedad más consciente de la geografía. Por otra parte, sin embargo, el despertar de la ciencia geográfica depende de la existencia de una conciencia geográfica natural y precientífica. Los geógrafos y la ciencia geográfica no pueden existir sino en una sociedad dotada de una sensibilidad geográfica". C.van Paassen, 1957, p.21 citado por Olavi Granö, 1981, p.22.

conseguirlo, o sea la voluntad de abarcar la totalidad de los fenómenos y traducirlos en formulaciones científicas; otra, lograrlo.[6]

La vieja tradición de las escuelas nacionales de geografía, o por lo menos las premisas históricas de la evolución de la ciencia geográfica en los diversos contextos nacionales, fue tal vez un obstáculo para que se alcanzara un nivel de estudios geográficos globales. Es cierto que el problema de la globalización se ha resuelto mejor, y desde hace mucho tiempo, en el ámbito de lo que se llama geografía física[7], mientras que en la esfera de los hechos sociales fue más difícil. En efecto, en este ámbito los esfuerzos de teorización difícilmente superan el estado embrionario, y esto cuando no son francamente pobres o se quedan en el simple discurso.

La internacionalización de la economía permitió hablar de ciudades mundiales, verdaderos nudos en la cadena de relaciones múltiples que dan estructura a la vida social del Planeta[8]. En verdad, todo el espacio se mundializó y ya no existe un único punto en el globo que se pueda considerar aislado.

La teoría geográfica debería entonces construirse desde una perspectiva más amplia. J. F. Unstead, indicaba ya en 1950 la necesidad de hacer una "geografía mundial" o una "geografía global". Pero los proyectos formulados en ese sentido no funcionaron. Al oscilar entre la descripción y la generalización, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, la geografía nunca pudo

[6] Recientemente, un autor como J. E. McConnell (1982, pp. 1633-1634) se quejó de no haberse conseguido establecer todavía sistemáticamente las relaciones existentes entre el comportamiento internacional de los sistemas industriales y las formas espaciales.

[7] Según Varopay (1978, p.616) la voluntad de obtener un conocimiento global del Planeta habría empezado en los años treinta, "cuando se inicia la explotación mundial del océano y la investigación alcanza una escala mundial".

[8] Autores como J. Friedman (1982) recuperan cuestiones como la de las "ciudades globales", asunto que interesó a especialistas de las más diversas disciplinas como Theodor von Lane (1969), Stephen H. Hymer (1971), G. Modelski (1972), D. A. Heenan (1977) y tantos otros. El hecho, sin embargo, es que no solamente las grandes metrópolis son actualmente ciudades ~~globales~~; la ciudad ~~más pequeña~~ también lo es. En realidad, es el espacio que se volvió global, mundializado (Santos, 1978).

proyectos locales están subordinados a restricciones de naturaleza mundial.

Se puede, pues, decir con respecto a esas nuevas realidades, que tales especializaciones en la utilización del territorio –sean originalmente naturales o culturales, o provengan de intervenciones políticas y técnicas– significan un verdadero redescubrimiento de la Naturaleza o por lo menos una revalorización total, en la cual, cada parte, es decir, cada lugar, recibe un nuevo rol, gana un nuevo valor.

Como el fenómeno es general, se podría decir que en esta fase de la historia se afirma el carácter geográfico de la sociedad, al cual se refería ya en 1957C. van Paassen.[5] El hombre alcanza finalmente un conocimiento analítico y sintético de toda la Naturaleza y adquiere la capacidad de utilizar de una forma general y global las cosas que le rodean. A partir del momento en que la Naturaleza se define de una forma nueva y sus relaciones con el hombre se renuevan, se vuelve necesaria una renovación de las disciplinas que la estudian. Para la geografía, se trata de nuevas perspectivas y de una capacidad innovadora de trabajar con leyes universales.

2.3 Hacia una geografía global

Pero.. la geografía ¿ya no era global?. En el siglo XIX, K. Ritter y Vidal de la Blache hablaban de la unidad de la tierra. Un autor como K. Boulding (1966, p. 108), aunque economista, no duda en afirmar que la geografía es, entre todas, "la disciplina que interpretó la visión del estudio de la Tierra como un fenómeno global". Pero en un artículo reciente, V.D. Denison (1981, pp.271-272) parece responder afirmativa y negativamente a la pregunta, aunque para él esa disciplina sea sinónimo de estudios mundiales. Una cosa es la ambición de

[5] "La ciencia geográfica tiene una base fenomenológica, o sea, tiene su origen en una conciencia geográfica y vuelve a la sociedad más consciente de la geografía. Por otra parte, sin embargo, el despertar de la ciencia geográfica depende de la existencia de una conciencia geográfica natural y precientífica. Los geógrafos y la ciencia geográfica no pueden existir sino en una sociedad dotada de una sensibilidad geográfica" C.van Paassen, 1957, p.21 citado por Olavi Granö, 1981, p 22.

conseguirlo, o sea la voluntad de abarcar la totalidad de los fenómenos y traducirlos en formulaciones científicas; otra, lograrlo.[6]

La vieja tradición de las escuelas nacionales de geografía, o por lo menos las premisas históricas de la evolución de la ciencia geográfica en los diversos contextos nacionales, fue tal vez un obstáculo para que se alcanzara un nivel de estudios geográficos globales. Es cierto que el problema de la globalización se ha resuelto mejor, y desde hace mucho tiempo, en el ámbito de lo que se llama geografía física[7], mientras que en la esfera de los hechos sociales fue más difícil. En efecto, en este ámbito los esfuerzos de teorización difícilmente superan el estado embrionario, y esto cuando no son francamente pobres o se quedan en el simple discurso.

La internacionalización de la economía permitió hablar de ciudades mundiales, verdaderos nudos en la cadena de relaciones múltiples que dan estructura a la vida social del Planeta[8]. En verdad, todo el espacio se mundializó y ya no existe un único punto en el globo que se pueda considerar aislado.

La teoría geográfica debería entonces construirse desde una perspectiva más amplia. J. F. Unstead, indicaba ya en 1950 la necesidad de hacer una "geografía mundial" o una "geografía global". Pero los proyectos formulados en ese sentido no funcionaron. Al oscilar entre la descripción y la generalización, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, la geografía nunca pudo

[6] Recientemente, un autor como J. E. McConnell (1982, pp. 1633-1634) se quejó de no haberse conseguido establecer todavía sistemáticamente las relaciones existentes entre el comportamiento intenacional de los sistemas industriales y las formas espaciales.

[7] Según Varopay (1978, p.616) la voluntad de obtener un conocimiento global del Planeta habría empezado en los años treinta, "cuando se inicia la explotación mundial del océano y la investigación alcanza una escala mundial".

[8] Autores como J. Friedman (1982) recuperan cuestiones como la de las "ciudades globales", asunto que interesó a especialistas de las más diversas disciplinas como Theodor von Lane (1969), Stephen H. Hymer (1971), G. Modelski (1972), D. A. Heenan (1977) y tantos otros. El hecho, sin embargo, es que no solamente las grandes metrópolis son actualmente ciudades globales; la ciudad más pequeña también lo es. En realidad, es el espacio que se volvió global, mundializado (Santos, 1978).

describir la totalidad, ni huir de las generalizaciones frecuentemente inconsistentes. A finales del siglo pasado y comienzos de este, asume una voluntad de teorización –o por lo menos de independencia científica– con la postulación de principios. Sin embargo, todavía no se conoce bien el Planeta y un gran número de otras ramas del conocimiento apenas empiezan a despuntar. No obstante, con un gran esfuerzo, la geografía procura establecerse como ciencia, aunque sin conseguirlo por completo.

La razón de esos fracasos no se debe al talento de los geógrafos, sino al hecho de que todavía no existen las condiciones históricas, y consecuentemente surgen dificultades para elaborar una teoría geográfica. En el transcurso de este siglo, mientras el debate sobre la verdadera naturaleza de la geografía se confunde con el de sus pretensiones científicas, se dejan de lado preocupaciones epistemológicas más sólidas. Incluso los esfuerzos realizados después de la Segunda Guerra Mundial no consiguieron sino una parte limitada de los objetivos perseguidos. Creemos, sin embargo, que es justamente ahora cuando se reunen las condiciones para construir esa geografía global y también teórica, tan buscada desde hace un siglo.

2.4 Globalización y empirización de las categorías

Ahora que el mundo se mundializó, ¿qué porvenir tiene la geografía?. No hay duda de que el mundo siempre fué uno solo. Sin embargo, como dijimos, no era posible percibir la unicidad, excepto en algunos fenómenos de alcance más general y fuera del ámbito social. Actualmente, con la internacionalización de las técnicas, de la producción y del producto, del capital y del trabajo, de las modas y del consumo, la mundialización de las relaciones sociales de todo tipo (económica, financiera, política...) es la garantía de universalidad que permite comprender cada fracción del espacio mundial en función del espacio global.

Solamente a partir de esta universalidad -una universalidad empírica- ciertas categorías filosóficas pueden

transcribirse, con todo su significado, en un lenguaje geográfico. Es el caso de las categorías de universalidad, particularidad y singularidad, así como de las de forma, función, proceso y estructura -esta última como sinónimo de esencia, o sea, trabajando la oposición, no muy asimilada entre geógrafos, entre paisaje y sociedad o entre paisaje y espacio.

En adelante, la geografía está preparada para superar la "palcodialéctica" de las geografías clásicas y también actuales. Al igual que la "ley cero" de la dialéctica propuesta por E. Marquit (1981) -la ley de la interconección universal [9]- es verificable empíricamente, el rol de la contradicción en el proceso de elaboración del conocimiento, tan justamente resaltado por Sean Sayers (1981-82), adquiere toda su fuerza. Hemos llegado a este punto porque el proceso de internacionalización iniciado hace casi cinco siglos se convirtió en un proceso de mundialización. Hasta entonces, la totalización con que podíamos trabajar se encontraba en un principio al nivel del espíritu y se afirmaba incompletamente en los hechos. Actualmente ella ocurre primero en los hechos y relaciones y después en el espíritu.

Se puede decir que los grandes universales se empirizan cuando, por una parte, la ejecución práctica de las técnicas es independiente del medio que las acoge y por otra, el conjunto de las técnicas utilizadas es potencialmente el mismo. La independencia de las técnicas frente al medio y la mundialización del modelo técnico hacen de la técnica un verdadero universal concreto (Ladrière, 1968, pp.216-217, y Breton, 1968, p.114), instrumento de creciente solidaridad entre momentos y lugares. Estamos ante un conjunto técnico

[9] E. Marquit (1981. pp. 309-310) recuerda que en los escritos de filosofía marxista-leninista se encuentran generalmente tres leyes de la dialéctica. Y añade una cuarta, la que llama Ley Cero o Ley de la Interconexión Universal, enunciada así: "Todas las cosas estan ligadas a las demás por infinidad de conexiones. La ley de la interconexión universal es la base para el concepto materialista dialéctico de unidad del mundo y su conocimiento. Una excepción cualquiera a la interconexión universal significaría que existen segmentos de la realidad objetiva desconectados del resto, o sea, no estarían asociados a ningún fenómeno (...). La Ley de la interconexión Universal es al mismo tiempo una afirmación dialéctica de la independencia relativa de las cosas y de los procesos, porque el verdadero concepto de interconexión de las cosas y de los fenómenos sugiere también su separación relativa (...)".

homogéneo, convertido en sistemático porque ha sido dirigido y revitalizado por relaciones internacionales mundializadas y, por consiguiente, tambien unificadas. En este escenario actúan las instituciones supranacionales, las empresas multinacionales y los grandes organismos burocráticos centralizados, que existen gracias a la expansión mundial de los medios de transporte y de comunicación.

El valor universal del modo de producción representa actualmente la base material para llegar a conceptos universales. Samir Amin (1980, p.4) afirma que son generalmente válidos los conceptos cuya posibilidad de aplicación es general, y recuerda que el modo de producción feudal no tiene forzosamente validez universal, en la medida que fue extraido de una parte de la historia y de Europa. Por otra parte, considera que Marx no puede considerar ciertas leyes universales a causa de su limitada experiencia sobre luchas sociales y a la ignorancia entonces generalizada sobre los países no europeos. Tal vez no sea exactamente así, pero como en su época la internacionalización todavía no había alcanzado el estado de desarrollo conocido actualmente, la extracción de categorías universales era casi siempre imposible.

La cantidad de relaciones implicadas en el funcionamiento de la sociedad, de la economía y de la política aumenta exponencialmente, de manera que el juego de variables ligadas a un objeto o fenómeno es actualmente más bien amplio. Las grandes generalizaciones, por lo tanto, son no sólo posibles sino necesarias, volviéndose al mismo tiempo más sistemáticas y más en consonancia. Debemos recordar que su base es empírica.

Así, podemos volver al tema de la geografía como "ciencia de los lugares", a la que se relacionan nombres como Vidal de la Blache y C. Sauer, o al replanteamiento de esa misma discusión, con el debate sobre la *uniqueness*, en que se involucraron, entre otros, Hartshorne (1955), Preston James (1972), Schaefer (1953), Gourou (1973), D. Grigg (1965), Kalisnik (1971), Bunge (1966 y 1979), etc..

Cuanto más se mundializan los lugares, más se vuelven singulares y específicos, es decir, "únicos". Esto se debe a la especialización desenfrenada de los elementos del espacio –

hombres, empresas, instituciones, medio ambiente – a la disociación siempre creciente de los procesos y subprocesos necesarios para una mayor acumulación de capital, y a la multiplicación de las acciones que hacen del espacio un campo de fuerzas multidireccionales y multicomplejas, donde cada lugar es extremadamente distinto del otro, pero también claramente unido a todos los demás por un nexo único, que proviene de las fuerzas motrices del modo de acumulación hegemónicamente universal. Tendríamos así esa totalidad concreta, perceptible a través de una dialéctica concreta, como la que nos presenta G Lukács en *Historia y Conciencia de Clase* (1923, 1960) y Karel Kosik en *Dialéctica de lo Concreto* (1963, 1967).

Ya no se puede hablar de contradicción entre *uniqueness* y globalidad. Ambos se completan y explican mutuamente. El lugar es un punto del mundo donde se realizan algunas de las posibilidades de este último. El lugar es parte del mundo y desempeña un papel en su historia, o para citar a Whitehead (1938, p. 188), "cualquier agitación local sacude al universo entero". El mundo siempre fue un conjunto de posibilidades. Hoy, sin embargo, tales posibilidades están interrelacionadas y son interdependientes

2 5 Por una geografía renovada

Actualmente, como vimos, las técnicas se utilizan en todas partes sin considerar los sistemas locales de recursos naturales y humanos, y se superponen a realidades económicas y sociales diferentes. Los resultados, creadores de distorsiones y desigualdades en cualquier lugar, imponen a cada uno de ellos combinaciones particulares, que son otras tantas formas específicas de complejidad de la vida social. El problema, por lo tanto, consiste en reconocer el efecto de esas superposiciones en la existencia de cada sociedad.

El puente a establecer entre posibilidades planteadas y el acto de construir una nueva historia vendrá del ámbito de las combinaciones variables de los datos encontrados en la propia complejidad social. De ahí la renovada importancia de las

ciencias del espacio del hombre, es decir, de la geografía, si se desea dominar correctamente las fuerzas de que, en adelante, se dispone.

Frente al antiguo planteamiento, el nuevo *stock* multiplicado y diferenciado de los conocimientos y de las posibilidades, implica una subversión general para el conjunto de las ciencias, con la nueva división y modificación de los territorios científicos, la creación de nuevas disciplinas y la renovación de las ya existentes. Las ciencias deben renovarse desde las realidades que condicionan su desarrollo y para responder a su desafío. Este desafío se define sobretodo por las nuevas relaciones ya establecidas, o posibles, entre una sociedad transformada en universal y los recursos mundiales.

Para la geografía, el hecho nuevo y dominante es lo que se puede denominar madurez histórica, o sea el conjunto de nuevas informaciones que la historia del mundo impone a la disciplina. Para los geógrafos, profesionalmente preocupados por el espacio del hombre, la nueva situación es apasionante. Por una parte, su campo de interés se amplía, pues el espacio geográfico se vuelve, más que nunca, elemento fundamental de la aventura humana. Por otra, la mundialización del espacio crea las condiciones -hasta aquí insuficientes- para establecer un cuerpo conceptual, un sistema de referencia y una epistemología, recurso de trabajo que siempre faltó a esa disciplina y que limitó su campo de estudio a lo largo de este siglo.

La universalidad es una garantía, pues asegura la posibilidad de comprender mejor cada fracción del espacio mundial, en función del espacio global, y permitir, así, el reconocimiento e interpretación de las intervenciones sucesivas, mientras paralelamente se construye una ciencia crítica. Eso no era posible antes de que el planeta se mundializara realmente; es decir, antes de ser él el objeto, en cada uno de sus puntos, de la acción de variables cuya dimensión es planetaria.

3

Metamorfosis del espacio habitado

Espacio habitado y ecumene son sinónimos. Estas expresiones forman parte del lenguaje de la geografía y de otras disciplinas que estudian el territorio, pero ya se han integrado al vocabulario del hombre común. Actualmente, como afirmaba hace años el gran geógrafo francés Maximilien Sorre, "el hecho capital es la ubicuidad del hombre", capaz de habitar y explotar los lugares más recónditos del planeta. Se podrá, sin duda, recordar los viajes interplanetarios y el paseo del hombre sobre la Luna como conquistas recientes del genio de la especie. Pero la tierra, sigue siendo la morada del hombre.

La cuestión del espacio habitado puede abordarse desde un punto de vista biológico, por el reconocimiento de la adaptabilidad del hombre como individuo a las más diversas altitudes y latitudes y a los climas más diversos, a las condiciones naturales más extremas. Otra forma, es considerar al ser humano no como individuo aislado, sino como un ser social por excelencia. La raza humana se extiende, se distribuye y ocasiona sucesivos cambios demográficos y sociales en cada continente (pero también en cada país, en cada región y en cada lugar). El fenómeno humano es dinámico y una de sus formas de afirmarlo está exactamente en la transformación cualitativa y cuantitativa del espacio habitado.

3.1 La expansión de la población mundial

La población mundial tardó varios milenios antes de lograr, en estos dos últimos siglos, un proceso de crecimiento sustentado. Antes, la curva de la población total, como la de los

diversos continentes, regiones o países, oscilaba considerablemente y, sobre todo, a remolque de los factores naturales. Cuando fue posible trasladar y adaptar especies vegetales y animales de un lugar a otro, los riesgos de hambre a causa de cosechas desastrosas, disminuyeron. Los progresos de la navegación permitieron que, mayores y más veloces barcos, posibilitaran el transporte de un continente a otro de grandes cantidades de cereales y de carne, al aparecer los navíos frigoríficos. Los avances de la industrialización y su repercusión mundial logran un progresivo aumento del bienestar, aunque desigualmente distribuido. Los adelantos en medicina, lentamente obtenidos en los siglos anteriores, se multiplican a partir de finales del siglo XIX. Entonces el crecimiento demográfico se estabiliza gracias a la caída de la mortalidad y a la normalización o aumento de la natalidad. Es más, estos últimos fenómenos son mucho más sensibles en los países "nuevos" o "subdesarrollados". De la inestabilidad de la curva demográfica pasamos a un crecimiento galopante de la población mundial.

La aceleración de la expansión demográfica es acumulativa. Entre el neolítico, cuando hubo la gran revolución que generó al homo sapiens, hasta los inicios de la cristiandad, un período que se calcula en milenios, (¿tres? ¿cinco?), la población del Planeta apenas se duplica, pasa de cien o ciento veinte millones, a doscientos cincuenta millones de habitantes. Para que la población se duplicara otra vez, fueron necesarios casi quince siglos, entre la época romana y el reinado de Luis XIV, cuando los efectivos humanos sumaban quinientos millones, para alcanzar quinientos cuarenta y cinco millones en 1750. La nueva duplicación del *stock* humano se da en apenas un siglo, pues hacia 1850 había entre mil cien millones y mil doscientos millones de personas. Desde que Bismarck y Cavour construyen la unidad de Alemania e Italia y el fin de la Segunda Guerra Mundial, la población vuelve a duplicarse, y en 1950, alcanza los dos mil cuatrocientos millones. Desde entonces, la progresión es prodigiosa. Quince años después, en 1965 contabilizamos tres mil quinientos millones de habitantes sobre la faz de la tierra. Hoy en día, somos aproximadamente cinco mil quinientos millones y se admite que en el cambio de siglo,

la sociedad humana estará formada por casi seis mil quinientos millones de seres humanos.

3.2 Heterogeneidad del espacio habitado

La evolución global de la población mundial solo puede comprenderse en su totalidad si consideraramos al menos tres datos esenciales. Primero, la distribución de la población en las diversas áreas del globo y en cada país evoluciona de forma desigual. Después, como eso apenas es el resultado del exceso de nacimientos sobre el de muertes, tenemos que considerar las migraciones internas e internacionales, cada vez más frecuentes. Pero también, las porciones del territorio ocupadas por el hombre cambían de forma desigual de naturaleza y composición, y exigen una nueva definición. Las nociones de *espacio habitado*, y de *tierra habitada* se ven alteradas brutalmente después de la Revolución Industrial y, especialmente, después de los años 50.

Mientras que Europa y la parte asiática de la antigua Unión Soviética tardaron un siglo, entre 1860 y 1960, en duplicar su población, Asia y África obtuvieron el mismo resultado en sesenta años; en cuarenta, América del Norte; y en treinta, América del Sur. En cuanto a Brasil, entre 1890 y 1920 la población crece más del doble en treinta años y se triplica en los cuarenta años que separan 1940 de 1980. En los últimos treinta y cuatro años, la población crece de nuevo más del doble, pasa de setenta millones en 1960 a poco más de ciento cincuenta millones actualmente.[1]

---

[1] A mediados del siglo XVII, los países subdesarrollados comprendían el 79,2% de la humanidad. Esa proporción disminuye, primero lenta y después rápidamente durante los dos siglos siguientes, en favor de los países hoy desarrollados: eran 78,4% en 1800, 72% en 1850 y 68% en 1900. La Segunda Guerra Mundial marca un punto de inflexión, pues en 1961 la población de los países pobres representa el 69,1% del total mundiall, en 1985 corresponde al 74%, y en 1992 al 78%. Y sigue creciendo, en la medida en que los índices de fertilidad bajan en Europa y en Estados Unidos, y son más altos en Asia, África y América Latina, a pesar de las campañas anticoncepción que se hacen en esta parte del mundo, bajo los auspicios de los países del centro.

Una de las características del espacio habitado es pues, su heterogeneidad, sea en términos de distribución numérica entre continentes y países (y también dentro de estos), o en términos de su evolución. Es más, esas dos dimensiones esconden e incluyen otra: la enorme diversidad cualitativa de razas, culturas, credos, niveles de vida, etc.

3.3 En un siglo, una humanidad mezclada

La segunda mitad del siglo XIX marca el incio de grandes migraciones de los países "viejos" hacia las naciones "nuevas", donde se instalan centenas de millares de europeos. El fenómeno es particulamente sensible en Estados Unidos, Canadá, Uruguay, Argentina, Brasil, Chile, Australia, Nueva Zelanda, pero también en países africanos y asiáticos recién colonizados, al igual que en el resto de América Latina y del mundo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, hay una tendencia hacia la inversión de estas corrientes migratorias gracias, en gran parte, a la renovada prosperidad de los países ricos, cuyos habitantes menosprecian las tareas consideradas más humildes, pesadas o degradantes. Grandes contingentes de población se trasladan desde los países vecinos más pobres de Europa, y más tarde desde los antiguos países coloniales. El otro lado de la colonización es la *coloración* de Europa. En Estados Unidos, ahora el país central, el suministro de mano de obra barata proviene de América Latina, sobre todo de México y Puerto Rico, pero también de otros países.

Los cambios políticos, frecuentes en los países subdesarrollados, también generan varias y voluminosas corrientes migratorias, pero también existen migraciones internacionales de mano de obra bastante representativas.

3.4 La explotación urbana y metropolitana

Dentro de cada país, la repartición geográfica de la población también cambia. Ciertas regiones pierden población

a favor de otras, más dinámicas (en el caso del Brasil, la pérdida de sustancia demográfica del nordeste en favor del sudeste es notoria), pero lo esencial del movimiento se debe a la urbanización.[2]

Al considerar el planeta como un todo, la población urbana representaba apenas el 1,7% del total a comienzos del siglo XIX; en 1950, ese porcentaje era del 21%, que pasa al 25% en 1960, 37,4% en 1970, cerca del 41,5% en 1980, y 45% en los noventa.

El fenómeno de la urbanización es hoy avasallador en los países del tercer mundo. La población urbana de los países desarrollados (basada apenas en ciudades con más de veinte mil habitantes) se multiplica por 2,5 entre 1920 y 1980, mientras que en los países subdesarrollados el multiplicador se aproxima a 6. Al retraso de la urbanización en los países del "sur", le sigue una verdadera revolución urbana. En el caso de Brasil, la población urbana prácticamente se multiplica por cinco en los últimos treinta y cinco años y por más de tres en los últimos veinticinco años.

La proliferación de grandes ciudades fue sorprendente en los países pobres. De las veintiseis ciudades mundiales con más de cinco millones de habitantes en 1980, dieciseis están en los países subdesarrollados. Se estima que en el año 2000, de las sesenta ciudades con esa población en el mundo entero, cuarenta y cinco estarán en el tercer mundo.

3.5 La creación de un medio geográfico artificial

Los cambios son cuantitativos, pero también cualitativos. Si en los inicios de los tiempos modernos, las ciudades aún contaban con jardines, esto va siendo cada vez

---

[2] Entre 1800 y 1950, la población mundial se multiplicó por 2,3; mientras la población urbana total se multiplicó por 20. En 1800, 27,4 millones de personas vivían en ciudades con más de cinco mil habitantes; en 1850 ese número era de 75 millones; de 219 millones en 1900 y de 716 millones en 1950. En ciento cincuenta años, la población de esas localidades pasa del 3% a casi el 30% de la población mundial.

más raro el medio urbano es cada vez más un medio artificial, fabricado con restos de naturaleza primitiva crecientemente encubiertos por las obras de los hombres. El paisaje cultural substituye al paisaje natural y los artefactos ocupan un lugar cada vez más amplio de la superficie de la tierra Con el aumento de las poblaciones urbanas, dedicadas a actividades terciarias y secundarias, el campo tuvo que producir más intensivamente. En el siglo XIX, para alimentar a una persona de la ciudad era necesario el trabajo de cerca de sesenta personas del campo. Esta proporción se fue modificando a lo largo de estos dos siglos. En ciertos países, hoy, hay un habitante rural por cada 10 urbanos. En Brasil, vamos hacia una proporción similar en ciertas regiones, como en la mayor parte del Estado de São Paulo.

La agricultura se beneficia entonces de los progresos científicos y tecnológicos, que aseguran una producción mayor en porciones de tierra menores. Los progresos de la química y la genética, conjuntamente con las nuevas posibilidades creadas por la mecanización, multiplican la productividad agrícola y reducen la necesidad de mano de obra en el campo. La urbanización gana así un nuevo impulso y el espacio del hombre, tanto en las ciudades como en el campo, se vuelve cada vez más un espacio instrumentalizado, culturizado, tecnificado y que cada vez trabaja más según los dictámenes de la ciencia. El capital constante, que antes era una característica de las ciudades, sobre todo en aquellas donde se concentraba la producción industrial, pasa también a ser una característica del propio campo, en la forma de herramientas, fertilizantes e insecticidas, máquinas y semillas seleccionadas. Ese capital constante fijo o localizado, llega, a todas partes, apoyado por la expansión de la red de ferrocarriles y carreteras que aseguran una circulación más rápida y relativamente más barata, sin la cual el abastecimiento de las ciudades sería imposible El hecho de que la energía se transporte en forma de electricidad o a través de modernos oleoductos petrolíferos o de gas, permite, después la desconcentración industrial, mientras que en el siglo pasado el fenómeno de industrialización explica las grandes concentraciones humanas de Europa y del este de Estados Unidos. Los transportes se modernizan y acortan las distancias

entre ciudades y dentro de ellas. Además el urbanismo subterráneo se transforma en un apoyo indispensable a las formas de vida y actividades económicas contemporáneas.

Todo esto sucede en un marco de vida donde se ultrajan las condiciones ambientales, con graves consecuencias para la salud mental y física de las pobaciones. Dejamos de recrear la naturaleza amiga y creamos la naturaleza hostil

3 6 ¿De la naturaleza hostil a un espacio del hombre?

El examen de lo que significa actualmente el espacio habitado, deja entrever claramente que llegamos a una situación límite después de la cual el proceso de destrucción de la especie humana puede ser irreversible.

El espacio habitado se volvió un medio geográfico completamente diferente de lo que fue en los albores de los tiempos históricos. No puede compararse cualitativa o estructuralmente al espacio del hombre anterior a la Revolución Industrial. Así como señala Garret Ekbo en su bello libro *El Paisaje Que Vemos*, con la Revolución Industrial, la articulación tradicional e histórica de la comunidad en su marco orgánico natural, fue entonces substituida por una vasta anarquía mercantil. Ahora el fenómeno se agrava, en la medida en que el uso del suelo se vuelve especulativo y la determinación de su valor proviene de una lucha sin tregua entre los diversos tipos de capital que ocupan la ciudad y el campo El fenómeno se extiende por la faz de la tierra y los efectos directos o indirectos de esa nueva composición alcanzan la totalidad de la especie. Señor del mundo, patrón de la naturaleza, el hombre utiliza el saber científico y los inventos tecnológicos sin aquel sentido de medida que caracterizaron sus primeras relaciones con el entorno natural. El resultado, como vemos, es dramático.

4

Categorías tradicionales, categorías actuales

Los cambios que el territorio experimenta en sus formas de organización, terminan por invalidar los conceptos heredados del pasado y obligan a renovar las categorías de análisis. Seguidamente daremos algunos ejemplos de lo imperativo que es substituir estos conceptos.

4.1 La región

Geógrafos del mayor prestigio y de los más diversos orígenes, tuvieron en la región un ámbito para desarrollar estudios profundos, tanto a nivel de teorización como en el campo de los trabajos empíricos. Los enfoques son múltiples, tal y como nos demuestra R. Lobato Corrêa (1986).

Durante un largo período, la región se estudió aisladamente del mundo como un todo. La veían como una entidad autónoma, con aspectos particulares, lo cual equivalía dividir el mundo en una infinidad de regiones autosuficientes, que mantenían pocas relaciones entre sí. Pero el mundo cambió y las transformaciones fueron cada vez más intensas y rápidas. El territorio se organizó a cada momento de manera diversa, muchas reorganizaciones del espacio se plantearon y siguen planteándose, según las demandas de la producción de la cual es armazón. Merecen destacarse especialmente las transformaciones que se sucedieron a partir de mediados de este siglo, que representaron mucho más que un simple cambio. Al

mismo nivel de las grandes navegaciones del siglo XVI y la de la Revolución Industrial en el siglo XVIII

Este momento de la historia del hombre está marcada por la "creciente internacionalización de la economía capitalista, con una total interdependiencia de las diferentes economías nacionales y una nueva división internacional del trabajo" (Castells, 1986, p.7). El mundo, como un todo, se unificó para atender las necesidades de la nueva manera de producir, que pasa por encima de las regiones, países, culturas, etc. Pero, mientras que los procesos modernos de producción se extienden por todo el planeta, la producción se especializa regionalmente.

Aumentan los intercambios, y las relaciones entre las diferentes áreas del globo se intensifican y asumen diversos roles, no sólo económicos sino también políticos, culturales, etc. Cualquier parte del globo adquiere una nueva connotación, cada vez más abierta, más vulnerable a las influencias exógenas. Las crecientes relaciones con áreas cada vez más alejadas suprimen las veleidades de la autonomia. No se puede, pues, considerar la región como autónoma.

Comprender una región implica entender el funcionamiento de la economia a ni el mundial y su respuesta en el territorio de un país, con la mediación del Estado, de las demás instituciones y del conjunto de los agentes de la economía, empezando por sus actores hegemónicos.

Estudiar una región significa penetrar en un mar de relaciones, formas, funciones, organizaciones estructuras, etc. con sus más diversos niveles de interacción y contradicción.

Si el espacio se unifica para atender las necesidades de una producción globalizada, las regiones aparecen como las distintas versiones de la mundialización. Esto no garantiza la homogeneidad, sino al contrario, instiga diferencias, las refuerza y hasta depende de ellas. Cuanto más se mundializan los lugares , más se vuelven singulares y específicos, es decir, únicos.

Es en este contexto que el estudio regional asume un importante papel en la actualidad, con la finalidad de comprender cómo un mismo modo de producción se reproduce en diferentes regiones del globo, en base a sus especificidades.

La región se convierte en una importante categoría de análisis, importante para que se pueda captar la manera como una misma forma de producción se plantea en partes específicas del planeta o dentro de un país, al asociar la nueva dinámica a las condiciones pre-existentes.

No basta comprender teóricamente lo que pasa en el mundo, tenemos que considerar las diferentes formas, como variables inherentes a la nueva manera de producir, se vuelven geográficas. No podemos despreciar esta importante vía de comprensión de la realidad. Hoy, la región, lo regional, la regionalización, tienen que entenderse así .

Pero si para comprender cualquier fracción del planeta hay que tener presente la totalidad del proceso que la engloba, asimismo para comprender la realidad global es indispensable entender lo que es la vida en las diferentes regiones; sus funcionamientos específicos, sus especializaciones, sus relaciones, en fin, su disposición particular, siempre en movimiento. Un mismo elemento, -un banco, un centro comercial, una tienda de productos agrícolas, una escuela superior, la verticalización de la vivienda, financiaciones gubernamentales, una carretera, un aeropuerto, etc. tendrá impactos diferentes en distintas las áreas de un país o del Planeta. Para ello se tendrá en cuenta la historia del lugar, las condiciones existentes en el momento de la internalización (cuando lo que es externo a un área de vuelve interno) y el juego de relaciones que se establecerá entre lo que llega y lo pre-existente. Ese conjunto hará que un mismo proceso de escala mundial tenga resultados particulares, según sea el lugar.

En un estudio regional, se debe intentar detallar su composición en cuanto organización social, política, económica, cultural, y abordar los hechos concretos, para reconocer cómo se inserta el área en el orden económico internacional, teniendo en cuenta lo pre existente y lo nuevo, para captar la lista de causas y consecuencias del fenómeno.

Los elementos que se agrupan y componen la configuración espacial de un lugar, tienen que estudiarse más profundamente, desde el hombre hasta las instituciones que van a dirigir, junto con las empresas, las formas de materialización de la sociedad. Desvelar las relaciones existentes entre esos

elementos, y convertir los conceptos en realidades empíricas, permitirá vislumbrar, en el tiempo y en el espacio, la transformación.

La búsqueda de la explicación de las transformaciones, supone la comprensión de los grandes grupos de variables que componen el territorio, empezando por los indicadores más comunes que engloban este tipo de trabajo hasta los más complejos, reveladores de los grandes cambios ocurridos en el período técnico-científico (tipología de las tecnologías, de los capitales, de la producción, del producto, de las empresas, de las instituciones; intensidad, cualidad y naturaleza de los flujos; captación de los circuitos espaciales de producción; peso de los componentes técnicos modernos en la producción agrícola; expansión de la agroindustria; nuevas relaciones de trabajo en el campo; desmaterialización de la producción, etc.). Estas variables son interdependientes, unas son causa y/o consecuencia de otras, y por lo tanto no tienen valor real si no se analizan en conjunto.

4.2 Circuitos espaciales de producción

Hoy, la noción de región se incluye en un contexto mayor, donde ya no podemos hablar más de la clásica noción de red urbana; así como tampoco podemos referirnos a las clásicas nociones de la relación ciudad-campo. No se trata de la inexistencia de estas relaciones, sino que cambiaron de contenido y de forma. Hoy, una ciudad puede no mantener intercambio con su vecina inmediata y, sin embargo, mantener relaciones intensas con otras mucho más distantes, que incluso están fuera del propio país. Por ejemplo, una industria mecánica localizada en la ciudad de Sertãozinho que pertenece a la sexta región administrativa del Estado de São Paulo, integrada por ochenta municipios, mantiene relaciones comerciales, tanto de compra como de venta, con apenas unas seis ciudades locales; sin embargo, mantiene intensas relaciones con la capital del Estado y con otros países, ya que exporta gran parte de su producción anual de máquinas.

El mundo está organizado en subespacios, articulados dentro de una lógica global. Ya no podemos hablar más de circuitos regionales de producción. Con la creciente especialización regional y los innumerables flujos de todo tipo, intensidad y dirección, tenemos que hablar de circuitos espaciales de producción. Estos serían las diversas etapas por las que pasa un producto, desde el inicio del proceso de producción hasta llegar al consumidor final. Si quisiéramos, por ejemplo, conocer los circuitos productivos de la agroindustria de la caña de azúcar, tendríamos que observar todos los momentos de producción, desde la siembra hasta el consumo de alcohol, azúcar u otros derivados. Tendríamos que observar, entonces, varios items distintos; así sobre la materia prima, observaríamos, local de orígen, formas de transporte, tipo de vehículo de transporte, etc; sobre la mano de obra, cualificación, orígen, variación de las necesidades en los diferentes momentos de la producción etc.; sobre el almacenamiento, cantidad y calidad de los almacenes, de los silos, proximidad a la industria, relación entre almacenaje y producción, etc.; sobre transportes, calidad, cantidad y diversidad de las vías de transporte, de los medios de transporte, etc.; sobre la comercialización, existencia o no de monopolio de compra, formas de pago, gravamen de impuestos, etc.; sobre el consumo, quién consume, donde, tipo de consumo, si productivo o para consumo directo, etc. Si estudiáramos, durante 1980, los circuitos espaciales de la producción de caña en el Estado de São Paulo, productor de más del 50% de lo recolectado en el país, podríamos empezar por la siembra, en una área productora concreta y terminar donde se consume el alcohol, el azúcar y sus derivados.

Una misma área puede actualmente ser punto de confluencia de diversos circuitos productivos. En una misma región se dan varias fases de diferentes circuitos de producción. El análisis de estos, junto con el de los circuitos de cooperación (Santos, 1985), nos da la organización local y su posición en la jerarquía del poder mundial. "Discutir los circuitos espaciales de producción es discutir la espacialización de la producción–distribución–intercambio–consumo como movimiento circular

constante. Captar sus elementos determinantes es dar cuenta de la esencia de su movimiento" (A.C. R. Moraes, 1985, p.4).

4.3 Espacializaciones productivas y aumento de circulación

Con la difusión de los transportes y de las comunicaciones, se plantea la posibilidad de especialización productiva. Las regiones se especializan, y ya no necesitan producir de todo para subsistir, pues con los rápidos y eficientes medios de transporte, pueden buscar en cualquier otro punto del país y hasta del planeta, lo que necesitan.

Antes de esa posibilidad, la mayoría de las regiones producían casi todo lo que necesitaban para su reproducción: en todos los lugares se producía casi de todo; se vivía prácticamente en autarquía. Hoy presenciamos la especialización funcional de las áreas y lugares, lo que implica la intensificación del movimiento y la posibilidad creciente de intercambios. Por eso crecen no sólo las grandes ciudades, sino también las ciudades medias. Cuanto mayor la inserción de la ciencia y la tecnología, más se especializa un lugar; y aumentan más el número, la intensidad y la calidad de los flujos que llegan y salen de un área. Ese proceso puede conducir al estancamiento o hasta a la desaparición de las ciudades pequeñas.

La disminución relativa de los precios, calidad, diversidad y cantidad de los transportes, crea una tendencia al aumento de movimiento. El número de productos, mercancías y personas que circulan crece enormemente, y como consecuencia la importancia de los intercambios es cada vez mayor, pues no sólo crecen en volúmen, sino que se diversifican. Surgen, en la actualidad, así nuevos y complicados problemas para analizar cualquier situación. Entre ellos podríamos citar la modernización agrícola, con los progresos de la biotecnología y la mecanización, la desmaterialización de la producción y de los productos, la desvinculación de la producción agrícola del consumo alimenticio, y es más simultáneamente, sucede que las agroindustrias ganan en importancia, lo cual acarrea una gran diversidad de

repercusiones geográficas. Entre estas, podemos considerar: el domicilio no rural de parte de la creciente mano de obra agrícola, la diversidad de flujos y la intensidad de relaciones de todos los niveles, resultados de los altos niveles de especialización, los nuevos objetos geográficos creados para atender las nuevas condiciones técnicas, o la disolución de la metrópoli, es decir, la posibilidad abierta a las grandes ciudades de mostrar su presencia inmediata en todo el territorio.

El desarrollo teórico y metodológico nos enseña lo que deja de tener valor explicativo y, por lo tanto, implica sustituir las categorías tradicionales por categorías actuales, es decir, del presente. Un ejemplo de esto es exactamente la imposibilidad actual de simplemente hablar, como hace veinte años, de dicotomías como ciudad/campo, agrícola/industrial, etc. Hoy el agricultor también puede ser un hombre urbano -por emjemplo la existencia del trabajador itinerante, el "jornalero", que es un trabajador agrícola pero ya no habita en la zona rural. Los dos mercados de trabajo tienden a confundirse.

Entonces, vale la pena recuperar el debate sobre si la geografía sería una ciencia de los lugares, como hace casi un siglo afirmaba Vidal de la Blache, o si apenas sería una ciencia de los hombres. Actualmente creemos que la geografía tiende a ser cada vez más la ciencia de los lugares creados o reformados para atender determinadas funciones, aunque la forma cómo los hombres se circunscriben en esa configuración territorial esté ligada, inseparablemente, a la historia del presente. Si los lugares pueden esquemáticamente seguir siendo los mismos, las situaciones cambian. La historia atribuye funciones diferentes al mismo lugar. El lugar es un conjunto de objetos que tienen autonomía de existencia por las cosas que lo forman -calles, edificios, canalizaciones, industrias, empresas, restaurantes, electrificación, pavimentaciones- pero que no tienen autonomía de significados, pues cada día nuevas funciones sustituyen las antiguas, nuevas funciones que se imponen y se ejercen.

4.4 La ciudad: el lugar revolucionario

En la transición del feudalismo al capitalismo, cuando las tierras pertenecen a los señores feudales, la ciudad aparece como el lugar del trabajo libre. El burgo, donde el trabajo libre es posible, concentra a artesanos y albañiles, pero también a comerciantes. Este lugar, la ciudad, se diferencia del campo, entre otros motivos, por la posibilidad de ese trabajo libre.

La ciudad aparece entonces como una semilla de libertad; genera producciones históricas y sociales que contribuyen al desmantelamiento del feudalismo. Representa la posibilidad del hombre libre, de la libertad de elegir, aunque esta fuera relativa, ya que los oficios estaban reglamentados por las corporaciones, por las cofradías.

Las ciudades pudieron formarse gracias a un determinado avance de las técnicas de producción agrícola, lo cual propició la formación de un excedente de productos alimenticios. Al existir este excedente, algunas personas pudieron dedicarse a otras actividades, siendo la ciudad, predominantemente, el lugar de las actividades no agrícolas.

La ciudad renace (pues ya existía antes del feudalismo - las primeras se formaron alrededor de 3.500 a.C.) en el momento en que se crea un movimiento bastante intenso de intercambios. El descubrimiento de América, y la intensificación de las relaciones comerciales con Asia y África, hacen crecer las ciudades. Cuando se compra más, las ciudades producen más, intercambian más excedentes entre sí y, consecuentemente, pueden extenderse y ver aumentar elementos y relaciones en sus espacios; crecen y se especializan en determinadas actividades.

La ciudad reune un considerable número de las llamadas profesiones liberales, posibilita sus interrelaciones, por lo que la creación y la transmisión del conocimiento ocupa un lugar privilegiado en ella. De esa forma, la ciudad es un elemento impulsor del desarrollo y del perfeccionamiento de las técnicas. Se puede afirmar, entonces, que la ciudad es un lugar en constante ebullición.

En la transición del feudalismo al capitalismo, con el fortalecimiento de las ciudades (burgos), la burguesía era la clase revolucionaria; se oponía a la aristrocracia (poseedora de las tierras). Algunos autores, entre ellos el propio Marx, afirman que en sus inicios, el capitalismo, en la historia de la humanidad, es de carácter revolucionario pues, entre otras cosas, aumentó el número de personas que vivían en las ciudades, que en aquél entonces tenían un carácter transformador e incrementaron el trabajo libre.

4.5 Nuevas relaciones ciudad-campo

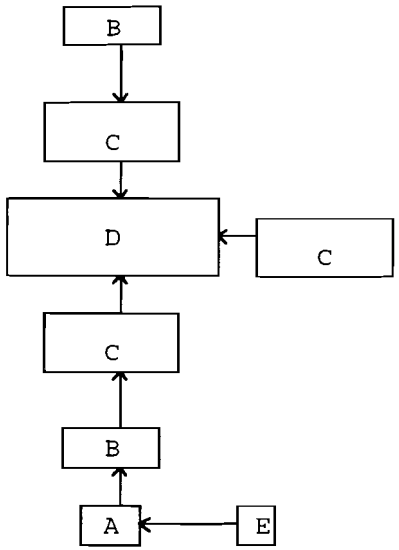
Durante unos siglos, el campo y la ciudad eran interactivos, pero con el proceso que se inicia con las grandes navegaciones, y que se consolida con la Revolución Industrial, ya no es posible quedarse al margen de los cambios y continuar con los mismos conceptos y clasificaciones jerárquicas. Cuando Lisboa, Londres, etc., mantienen relaciones intensas con las áreas distantes que suministraban gran parte de sus riquezas, hablar de una ciudad que dependen de un campo y viceversa, es poco, o mejor dicho, es incorrecto. Las relaciones con áreas lejanas al campo inmediato pasa a ser una constante, y hasta una necesidad. Pero la antigua noción perduró e incluso hoy, cuando la vida rural se vuelve a veces casi autónoma en relación a la pequeña ciudad más próxima, vemos que todavía se menciona incorrectamente el tipo clásico de relaciones entre ciudad y campo.

Cuanto más modernizada la actividad agrícola, más amplias son sus relaciones y su alcance más lejano. Por eso, se puede hablar de un cortocircuito con la ciudad siguiente, ya que el esquema tradicional se había roto. ¿Qué hacer, entonces con el viejo concepto de red urbana (ciudades mayores que tienen las menores como tributarias) en ese esquema piramidal y militar?. Los esquemas a seguir representan la visión tradicional de red urbana y, por otro lado, una aproximación de la realidad tal como se plantea actualmente.

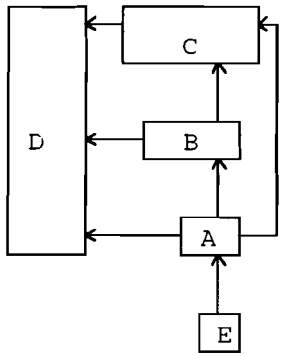
En el esquema tradicional, había una serie de escalas, etapas, y seguirlas era crecer en importancia, subir en la jerarquía, ascender en la escala de la red urbana. Se utilizó este esquema durante un siglo, y es apenas a comienzos de la

década de los 70 cuando se elaboran las primeras propuestas contra este esquema, y se sugiere que se abandone (Santos, 1975), ya que la ciudad apenas mantiene relaciones con las más próximas de la pirámide.

Esquema clásico



Esquema real (aproximado)



A Ciudad local
B Ciudad Regional
C Metrópoli incompleta
D Metrópoli completa
E Pueblo

Fig. Las relaciones entre las ciudades en una red urbana

4.6 Nueva jerarquía urbana

La propuesta de abandonar ese esquema jerárquico tiene como argumento la historia concreta, o sea la observación de las transformaciones reales, palpables, procesadas a lo largo del tiempo. Los transportes y las comunicaciones avanzaron muchísimo en los países subdesarrollados. Por ejemplo, los procesos mayores se realizan a través del autobús y del automóvil; y los flujos pueden intensificarse gracias a su mayor flexibilidad, lo cual no sucedía con el tren, medio mucho más rígido e inflexible. La mejora de carreteras y vehículos y el encontrar combustibles más baratos representan modernizaciones que permiten la disminución de los costes. En general, el precio del transporte aumenta menos que los demás factores de producción y la reducción del coste de los viajes posibilita a las personas escoger donde adquirir bienes y servicios que, frecuentemente, van a buscar a lugares más distantes, pero donde los precios ofrecen mayores atractivos. Evidentemente, los que hacen esos viajes son los que disponen de mobilidad. Esa mobilidad en el territorio es, además, negada a los que disponen de menos renta.

Quien no puede moverse periódicamente para obtener los nuevos ítems de consumo que la publicidad le insinúa, termina por irse del todo. Tenemos, aquí, un motivo nuevo para que aumente el número de emigrantes hacia centros mayores. No nos olvidemos del papel que el transistor, al llegar a los puntos más recónditos del territorio, tuvo en la revolución de los hábitos de consumo. Como las ciudades pequeñas no están en condiciones concretas de abastecerse de todos los bienes y servicios, los vende muy caros, y acaban por perder buena parte de sus habitantes. La migración, en última instancia, es, sin paradoja, consecuencia también de la inmovilidad. Quien puede, como ya mencionamos, consume y vuelve al lugar de orígen. Quien no puede trasladarse periódicamente, va y se queda allí. La migración que también se presentaba de forma escalonada, según las etapas de la mencionada jerarquía urbana, se dirigía cada vez más directamente hacia los grandes centros. De ese modo, también se modifican los volúmenes relativos dentro del sistema urbano. Sumemos a todo esto la realidad de

las agroindustrias, actividades modernas, sedientas de tecnología, capitales, información y altos beneficios y que pasan a relacionarse directamente con los grandes centros. Sólo la producción directa se da localmente. Pero la garantía de participar en una lógica extralocal coloca esas actividades en nexos cada vez más extralocales.

Con la transformación del mundo, hay que substituir las antiguas categorías de análisis por otras, para explicar tanto lo nuevo como los cambios. El análisis, para ser válido, no puede carecer de historia concreta. Como respuesta a las nuevas redes de relaciones, hoy podemos hablar de una nueva jerarquía urbana.

4.7 El presente y la totalidad

La geografía debe ocuparse de las relaciones presididas por la historia corriente. El geógrafo se vuelve empirista, y está condenado a equivocar sus análisis, si únicamente se considera el lugar, como si éste lo explicara todo por sí mismo, y no la historia de las relaciones, de los objetos sobre los que se realizan las acciones humanas, ya que objetos y relaciones mantienen relaciones dialécticas, donde el objeto acoje las relaciones sociales, y estas impactan sobre los objetos. El geógrafo sería funcionalista si tuviera tan sólo en cuenta la función; y estructuralista si apenas indicara las estructuras, sin reconocer su movimiento histórico, o la relación social sin el conocimiento de lo que la provocó. Se impone, en el análisis, aprehender los objetos y las relaciones como un todo, y solo así estaremos cerca de ser holistas, es decir, gente preocupada con la totalidad.

La relación social, por más parcial o más pequeña que parezca, contiene parte de las relaciones globales. Por ejemplo, lo que pasa en este mismo momento, en un lugar cualquiera, no se restringe a los limites de ese lugar, va mucho mas allá. La historia de la producción de un hecho desencadena un proceso mucho más amplio, que coloca el fenómeno en contextos cada vez más amplios.

Sólo a través de esa relación no nos engañaremos ante las cosas que tienen la misma apariencia. Cada persona, cada objeto, cada relación es un producto histórico. De esa manera, conseguimos comprender cómo nuestra disciplina estudia las relaciones, que se dan por medio de los objetos. Hay una interdependencia entre los objetos y las relaciones .

Cuando trabajo con el mundo, utilizo en un momento dado todas sus variables. Pero ningún lugar puede admitir ni todas ni las mismas variables, ni los mismos elementos ni las mismas combinaciones. Por eso, cada lugar es singular, es una situación que no se parece a ninguna otra. Cada lugar combina de manera particular variables que pueden, muchas veces, ser comunes a varios lugares. El acontecer global se plantea selectivamente, de modo impar, aunque siempre dominado por la totalidad, y es eso lo que nos lleva imperativamente a la necesidad de apuntar hacia la historia concreta del hoy, de la comunidad humana, de su actualidad, sin importar el lugar particular donde aparezca lo nuevo.

La teorización depende de un esfuerzo de generalización y de un esfuerzo de individualización. La generalización nos da la lista de posibilidades; la individualización nos indica cómo en cada lugar, se combinan algunas de esas posibilidades.

Apenas a partir del momento en que la información es inmediata, podemos construir la teoría en la ciencia geográfica. En la medida en que cada día podemos entender las nuevas relaciones creadas por las nuevas técnicas, estamos mucho más próximos de la teoría geográfica, pues la historia nos ayuda a analizar los hechos de la globalización. Lo perjudicial es que no conocemos el hecho en sí, sino las interpretaciones realizadas por las agencias internacionales. Por eso es necesario, por parte del intelectual, de leer no sólo una, sino varias versiones sobre un hecho, para poder tener otra visión del mundo, una visión real de los hechos concretos, ya que el mundo puede apreciarse con muchas lentes distintas.

5

Paisaje y espacio

El espacio está en el centro de las preocupaciones de los más variados profesionales. Para algunos, es objeto de conocimiento. Para otros, simple medio de trabajo. Hay desde los que lo ven como un producto histórico, hasta los que lo ven como un proceso histórico. Podríamos decir que el espacio es el más interdisciplinar de los objetos concretos (Santos y Souza, 1986, p.1)

Todos los espacios son geográficos porque estábn determinados por el movimiento de la sociedad, de la producción. Pero tanto el paisaje como el espacio provienen de movimientos superficiales y profundos de la sociedad, una realidad de funcionamiento unitario, un mosaico de relaciones, de formas, funciones y sentidos.

5.1 Paisaje: su realidad

Todo lo que vemos, o que nuestra visión alcanza es el paisaje. Este puede definirse como el dominio de lo visible, lo que la vista abarca. No sólo está formado por de volúmenes, sino también por colores, movimientos, olores, sonidos, etc.

5.2 Percepción y conocimiento

Nuestra visión depende de la localización donde uno se encuentra, bien sea en el piso, en un piso bajo o alto de un edificio, en un mirador estratégico, en un avión, etc. El paisaje adquiere escalas diferentes y se presenta de formas diversas a

UNIVERSIDAD
TESIS
BIBLIOTECA

nuestros ojos, según donde estemos, ampliándose cuanto más se sube en altura, porque de ese modo desaparecen o se atenúan los obstáculos de la visión, y el horizonte vislumbrado no se interrumpe.

La dimensión del paisaje es la dimensión de la percepción, lo que llega a los sentidos. Por eso, el aparato cognitivo tiene crucial importancia en esa aprehensión, por el mero hecho de que toda nuestra educación, formal o informal, se ha llevado a cabo de forma selectiva, y por lo tanto diferentes personas presentan diversas versiones del mismo hecho. Por ejemplo, lo que un arquitecto o un artista ven, otros no lo pueden ver o lo hacen de manera distinta. Esto es válido tanto para profesionales con diferente formación como para el hombre común.

La percepción es siempre un proceso selectivo de aprehensión. Si la realidad es apenas una, cada persona la ve de forma diferente; por eso, la visión del hombre de las cosas materiales está siempre deformada. Nuestra tarea es la de superar el paisaje como aspecto, para llegar a su significado. La percepción no es aún conocimiento, que depende de su interpretación y será tanto más válida cuanto más limitemos el riesgo de considerar verdadero lo que sólo es apariencia.

Existieron tiempos en que, para muchos, la geografía tendría como objeto el estudio del paisaje. Pero Sorre introducía una restricción que distinguía el fenómeno geográfico de su mera expresión corpórea. Decía, el gran maestro francés, que el geógrafo debía utilizar en su descripción, "la noción capital de complejo geográfico local, cuya expresión concreta es el paisaje". Y añadía: "he ahí el verdadero dato geográfico" (Megale, 1984, p. 126), como si quisiera mostrar la importancia de alcanzar la esencia del acontecer geográfico.

5.3 Paisaje y región

Muchos también consideraban como sinónimos paisaje y región. Es un hecho que, en tiempos bastante remotos, la geografía correspondiente a cada grupo se explicaba por la

propia acción del grupo, y el paisaje y la región estaban directamente asociadas. Esta idea persistió en el espíritu de los geógrafos europeos hasta finales del siglo pasado. "La teoría de Vidal de la Blache concebía al hombre como un antiguo huésped de varios puntos de la superficie terrestre, que se adaptaba en cada lugar al medio que lo rodeaba, creando en la relación constante y acumulativa con la naturaleza un acervo de técnicas, hábitos, usos y costumbres, que le permitieron utilizar los recursos naturales disponibles. A este conjunto de técnicas y costumbres, construido y transmitido socialmente, Vidal lo denominó "género de vida", lo cual expresaba una relación entre la población y los recursos, una situación de equilibirio, construida históricamente por las sociedades. La diversidad de los medios explicaría la diversidad de los géneros de vida" (Moraes, 1986, p. 68-69).

En Europa, la personalidad de cada región fue constituyéndose como resultado de una larga evolución; y los trazos del pasado podían, por eso, cristalizarse. Las actividades creadas se mantenían durante un largo período, dando la impresión de inmovilidad. Por eso se planteó la idea de que el paisaje, creado en función de un modo de producción duradero, debía confundirse con la región, o sea, el área de acción del grupo interesado.

Es un hecho que así (y sobre todo en el comienzo de la historia del hombre) era posible entrever cierta semejanza entre paisaje y región. Pero el mundo cambió, y hoy la confusión entre los dos conceptos ya no es posible. La geografía ya no es más el estudio del paisaje, como imaginaban nuestros colegas de antaño; no es que estuvieran equivocados, sino que hubo grandes transformaciones en el mundo. La modernización de la agricultura y la dispersión industrial introducen formas nuevas de organización espacial.

5.4 Los objetos culturales

Carl Sauer, padre de la geografía cultural -muy próxima a la antropogeografía de Ratzel y de la geografía humana de Vidal de la Blache- propuso que consideraramos

dos tipos de paisaje, el natural y el artificial. Argumenta que a medida que el hombre se enfrenta a la naturaleza, existe entre los dos una relación cultural, que también es política, técnica, etc. Se trata de la huella del hombre sobre la naturaleza, llamada por Marx de socialización .

De esta manera, con la producción humana se plantea la producción del espacio. El trabajo manual se relegó a un segundo plano, y la maquinaria se usó cada vez más, hasta llegar a la automatización. La producción del espacio es resultado de la acción de los hombres que actúan sobre el propio espacio, a través de los objetos naturales y artificiales. Cada tipo de paisaje es la reproducción de niveles diferentes de fuerzas productivas, materiales e inmateriales, pues el conocimiento también forma parte del papel de las fuerzas productivas.

5.5 Paisaje natural, paisaje artificial

El paisaje artificial es el paisaje transformado por el hombre, en cuanto que a *grosso modo* podemos afirmar que el paisaje natural es aquel que todavía no ha sido modificado por el esfuerzo humano. Si en el pasado había el paisaje natural, hoy esa modalidad de paisaje prácticamente no existe. Así un lugar que no haya sido manipulado físicamente por la fuerza del hombre, es objeto de preocupaciones e intenciones económicas y políticas. Hoy todo se sitúa en el ámbito de interés de la historia, y es por lo tanto, social.

El paisaje es un conjunto heterogéneo de formas naturales y artificiales; está formado por fracciones de ambas, ya sea en cuanto al tamaño, volúmen, color, utilidad, o por cualquier otro criterio. El paisaje siempre es heterogéneo. La vida en sociedad supone una multiplicidad de funciones y cuanto mayor su número, mayor la diversidad de formas y actores. Cuanto más compleja la vida social, más nos distanciamos de un mundo natural y nos dirigimos hacia un mundo artificial.

Si consideramos la sucesión histórica de los modos de producción, reconoceremos los diversos grados de lo artificial,

con la parte cultural volviéndose cada vez más importante y significativa. Este parece ser el camino de la evolución. Por eso hoy, ante una gran ciudad como Saõ Paulo, Nueva York, París, Londres o Buenos Aires, es difícil distinguir lo natural de lo artificial. La percepción de la diferencia es cada vez más ardua y temeraria. Sabemos, sin embargo, que el camino de lo más natural a lo más artificial trae consigo una mayor cantidad de instrumentos de trabajo fijos y que cada vez se impone más el ámbito de las técnicas. Hay una relación entre los instrumentos de trabajo (objetos de los más diversos tamaños, que el hombre crea para poder producir) y el paisaje. Muchos de esos instrumentos no son materiales, pero se elaboran como elementos necesarios para la producción. En eras bastante remotas los instrumentos de trabajo eran una prolongación del hombre mismo a medida que transcurre el tiempo, se transforman en prolongaciones de la tierra, prótesis o incrementos a la propia naturaleza bien sean o no duraderas. Los instrumentos de trabajo inmóviles tienden a predominar sobre los móviles y a ser su condición de uso. Carreteras, diques, puentes, puertos, depósitos, etc. son elementos anadidos a la naturaleza sin los cuales la producción sería imposible. La ciudad es el mejor ejemplo de esos complementos a lo natural.

5.6 Paisaje y producción: los instrumentos de trabajo

La relación entre paisaje y producción está en que cada forma productiva necesita un tipo de instrumento de trabajo. Si los instrumentos de trabajo están unidos al proceso directo de producción, es decir, a la producción propiamente dicha, también lo están a la circulación, distribución y consumo. El paisaje se organiza según estos niveles, en la medida en que las exigencias de espacio varían en función de los procesos propios a cada producción y al nivel de capital, tecnología y organización correspondientes. Por esa razón, el paisaje urbano es más heterogéneo, ya que la ciudad abarca diversos tipos y niveles de producción. Cada instrumento de trabajo tiene una localización específica, que obedece a la lógica de la

producción en los cuatro momentos mencionados anteriormente y por esta razón el espacio se usa de forma tan desordenada.

El paisaje no se crea de una sola vez, sino por incrementos, substituciones; la lógica por la cual se hizo un objeto en el pasado era la lógica de la producción de aquel momento. Un paisaje es una escritura sobre otra, es un conjunto de objetos con edades diferentes, una herencia de muchos momentos diferentes. De ahí viene la anarquía de las ciudades capitalistas. Si se mantienen juntos elementos de edades diferentes, responderán de diferentes formas a las demandas sociales. La ciudad es esa heterogeneidad de formas, pero subordinada a un movimiento global. Lo que se llama desorden apenas es el orden de lo posible, ya que nada está desordenado. Solamente que una parte de los objetos geográficos ya no atiende a los fines de cuando fue construido. Así, el paisaje es una herencia de muchos momentos pasados, lo que llevó a Lenin a afirmar que la gran ciudad es una herencia del capitalismo, que llegó para quedarse, y, por lo tanto, los planificadores del futuro deben tener en cuenta esa realidad.

En los inicios de la historia del hombre, sus instrumentos de trabajo estaban separados; hoy son cada vez más indivisibles, como en un ferrocarril, una autopista, etc. El camino histórico de los instrumentos de trabajo va, cada vez más, de la divisibilidad a la indivisibilidad y del dato aislado, al sistema. Es lo que ocurre con la energía eléctrica, el agua, el teléfono, etc. Otra tendencia actual de los instrumentos de trabajo es ir de lo diminuto a lo inmenso -por ejemplo, los circuitos integrados y los hipermercados. Cada uno de esos instrumentos es un sistema en sí mismo, que se relaciona con un sistema global. De esa forma, un *shopping center* tiene su propio sistema de crédito, sus párkings, su lógica organizacional, su sistema funcional. Hay una sistematicidad del objeto moderno que se relaciona con un sistema mayor. Pasamos de los objetos, geográfica y funcionalmente aislados, a los objetos agrupados sistemáticamente y, también, sistémicos. Las ciudades más antiguas se adaptan, se transforman más o menos lentamente; las nuevas ya nacen así.

5.7 Un cambio permanente

En cada momento histórico las maneras de hacer son diferentes, el trabajo humano se vuelve cada vez más complejo y exige cambios correspondientes a las innovaciones. A través de las nuevas técnicas vemos la substitución de una forma de trabajo por otra, de una configuración territorial por otra. Por eso, el entendimiento del hecho geográfico depende tanto del conocimiento de los sistemas técnicos.

El hombre construye nuevas maneras de hacer cosas, nuevos modos de producción que reúnen sistemas de objetos y sistemas sociales. Cada período se caracteriza por un conjunto de técnicas concretas. En cada período histórico tenemos un conjunto propio de técnicas y objetos correspondientes. En un momento B, muchos elementos del momento A permanecen; y luego surgen otros nuevos. Es la innovación triunfante que permite salir de un período y entrar en otro. La innovación trae la modificación del paisaje, que pasa a tener objetos de los momentos A y B.

El paisaje no es para siempre. Es objeto de cambio. Es un resultado de sumas y restas sucesivas. Es una especie de marca de la historia del trabajo, de las técnicas. Por eso, es parcialmente trabajo muerto, ya que está formado por elementos naturales y artificiales. La naturaleza natural nó es trabajo. Ya su antinomia, la naturaleza artificial, es el resultado del trabajo vivo sobre el trabajo muerto. Cuando la cantidad de técnica sobre la naturaleza es mayor, el trabajo se basa sobre el trabajo. Es el caso de las ciudades, sobre todo las grandes. Las casas, la calle, los ríos canalizados, el metro, etc, son resultados del trabajo corporificado en objetos culturales. Seamos reiterativos: al ser susceptible a los cambios irregulares a lo largo del tiempo, el paisaje es un conjunto de formas heterogéneas, de edades diferentes, pedazos de tiempos históricos representativos de diversas maneras de producir las cosas, de construir el espacio.

5.8 Datación y movimiento del paisaje

Los objetos son susceptibles, pues, de una datación, tienen edades. Por la fecha de los objetos de un paisaje deberíamos poder reconocer su edad (o sus edades). Pero esto no siempre es posible, ya que muchas veces los objetos antiguos son suprimidos del paisaje. Quien desembarca en São Paulo, reconoce la historia de los objetos presentes, pero no la historia de la ciudad. En la vieja Europa, los trazos del pasado son más visibles; todo es una diferencia de ritmos. Pero en todos los casos, no existe paisaje indiferenciado desde el punto de vista histórico, excepto en el caso de una ciudad casualmente inaugurada ayer.

El paisaje tiene, pues, un movimiento que puede ser más o menos rápido. Las formas no nacen apenas de las posibilidades técnicas de una época, sino que dependen también de las condiciones económicas, políticas, culturales, etc. La técnica tiene un papel importante, pero no tiene existencia histórica fuera de las relaciones sociales. El paisaje debe ser pensado paralelamente a las condiciones políticas, económicas y también culturales. Revelar esa dinámica social es fundamental, pues los paisajes nos restituyen todo un conjunto histórico de técnicas, cuya era nos descubre; pero no muestra todos los datos, que no siempre son visibles.

5.9 Las mutaciones del paisaje: lo estructural y lo funcional

La mutaciones del paisaje pueden ser estructurales o funcionales. Al pasar por una gran avenida, tanto de día como de noche, contemplamos diferentes paisajes, gracias a su movimiento funcional. La calle, la plaza, el paseo público funcionan de modo diferente según las horas del día, los días de la semana, las épocas del año. Dentro de la ciudad y a causa de la división territorial del trabajo, también hay paisajes funcionalmente distintos. La sociedad urbana es una, pero se presenta según formas-lugares diferentes. El es principio de la diferenciación funcional de los subespacios. La sociedad no cambió, permaneció siendo la misma, pero se presenta de

acuerdo con ritmos distintos, según los lugares; y cada ritmo corresponde a una apariencia, una forma de parecer. Es el principio de la variación funcional del mismo subespacio.

También se plantea un cambio estructural por el cambio de las formas. Cuando se construyen edificios de cuarenta pisos en vez de veinte o treinta y dos, es, como regla, señal de que también podrán construirse otros, de que tenemos actividades y gente para llenarlos, y justificar su construcción. Hay una relación entre la estructura socio-espacial y la estructura socio-económica y política. Alteraciones de viejas formas para adecuarlas a las nuevas funciones también son cambios estructurales.

Es en ese marco donde se analiza el envejecimiento de las formas, tanto físico como social. Las formas envejecen por inadecuación física, cuando, por ejemplo, se desgastan los materiales. Ya el envejecimiento social corresponde al desuso o desvalorización, a causa de la preferencia social de otras formas. A veces, el movimiento corresponde a una moda, como la construcción de *suites* en las habitaciones; aquí existe un envejecimiento moral. A veces el envejecimiento de las formas permite que haya un cambio brutal de su uso -grandes casas se vuelven inquilinatos, pasan de ser habitación de ricos para ser albergue de pobres. El envejecimiento físico de las formas es previsible por la duración de los materiales; el envejecimiento moral no es tan previsible, cambia de acuerdo con el marco político, enonómico, social y cultural.

El paisaje es un *palimpsesto*, un mosaico, pero tiene un funcionamiento unitario. Puede contener formas viudas y formas vírgenes. Las primeras están a la espera de una reutilización, que incluso puede hasta llevarse a cabo; las segundas se crean a propósito para nuevas funciones, para recibir innovaciones. Las funciones que son más susceptibles de crear nuevas formas son: bancos, hipermercados, el Estado, *shopping centers*, etc., además de ciertas instituciones públicas. Fuera de éstas, son pocas las funciones capaces de crear nuevas formas, y por eso es más común el uso de las preexistentes por medio de una readaptación. Es el caso de hospitales, escuelas, servicios diversos, pequeñas fábricas, etc, que se instalan en antiguos caserones o edificios abandonados por otras

actividades, donde se readaptan formas viejas para nuevas funciones.

5.10 Espacio: su realidad

Según Armando Corrêa da Silva (1986, pp.28-29), las categorías fundamentales del conocimiento geográfico son, entre otras, espacio, lugar, área, región, territorio, hábitat, paisaje y población, que definen el objeto de la geografía en sus relaciones (...) De todas, la más general -que incluye a las demás- es el espacio.

Pero el paisaje y el espacio son cosas diferentes. Al igual que el vocablo paisaje, la palabra espacio también se usa en decenas de aceptaciones. Se habla del espacio de la sala, de lo verde, de un país, de una nevera, espacio ocupado por un cuerpo, etc. Es uno de los términos que posee más aceptaciones en los diccionarios y enciclopedias; y en algunos aparece con centenas de sentidos diversos.

Para palabras como rojo, duro o sólido sus significados no se ponen en duda, están asociados a experiencias elementales. Esto no sucede con la palabra espacio, frecuentemente substituida por lugar, territorio, etc. La palabra se utiliza mucho como sustantivo, así como en los casos de espacio del hombre, del emigrante, del sedentario, etc. La propia palabra paisaje es comúnmente utilizada para designar al espacio.

El espacio sería un conjunto de objetos y relaciones que se ejercen sobre estos objetos; no entre estos específicamente, sino para los cuales ellos sirven de intermediarios. Los objetos ayudan a concretar una serie de relaciones. El espacio es resultado de la acción de los hombres sobre el propio espacio, por medio de los objetos, naturales y artificiales.

5.11 El paisaje no es el espacio

En realidad no existe, paisaje inmóvil, inerme; y si usamos este concepto apenas es como recurso analítico. El

paisaje es materialidad, formada por objetos materiales y no materiales. La vida es sinónimo de relaciones sociales, y éstas no son posibles sin la materialidad, la cual fija relaciones sociales del pasado. En consecuencia, la materialidad construida será fuente de relaciones sociales, que también se producen por mediación de los objetos. Éstos pueden ser sujetos de diferentes relaciones sociales -una misma calle puede servir a diferentes funciones en distintos momentos.

La sociedad existe con objetos, y gracias a ellos se vuelve concreta. Por ejemplo, São Paulo tiene dieciseis millones de habitantes, pero si no explicamos cómo se desplazan para ir a su casa, al trabajo, de compras; cómo viven, cómo participan en la reproducción social, etc., no nos referiríamos a São Paulo, sino a dieciseis millones de personas.

El paisaje es diferente del espacio. El primero es la materialización de un instante de la sociedad. Sería, en una comparación osada, la realidad de hombres fijos, posando para una foto. El espacio es el resultado del matrimonio de la sociedad con el paisaje. El espacio contiene el movimiento. Por eso, paisaje y espacio son un par dialéctico. Se complementan y se oponen. Un esfuerzo analítico impone que los separemos como categorías diferentes, si no queremos correr el riesgo de no reconocer el movimiento de la sociedad.

Imaginemos la ciudad de Salvador (Bahia) el día uno de junio de 1996, a las tres de la tarde. Tendríamos una determinada distribución de personas, de producción sobre el territorio. Tres horas más tarde, esta distribución cambiaría. El conjunto de trabajos y actividades cambia, así como la visión de conjunto. El movimiento de las personas corresponde a la etapa de producción que se plantea en aquel momento. Todos son productores -el operario, el actor de teatro, el vendedor de supermercado, el intelectual, el chófer de taxi, etc; incluso los que no están vinculados directamente en el proceso de producción, ya que también consumen. La manera cómo se plantea la producción y el intecambio entre los hombres es lo que otorga un aspecto al paisaje. El trabajo muerto (acumulado) y la vida se dan juntos, pero de maneras diferentes. El trabajo muerto sería el paisaje. El espacio sería el conjunto del trabajo

muerto (formas geográficas) y del trabajo vivo (el contexto social).

Existe una adecuación de la sociedad -siempre en movimiento- al paisaje. La sociedad se acopla al paisaje, supone lugares donde se instalan, en cada momento, sus diferentes fracciones. Hay de esa manera, una relación entre la sociedad y un conjunto de formas -materiales y culturales. Cuando se alcanza un cambio social, también se plantea un cambio en los lugares, por ejemplo, la invasión de São Paulo por los pobres, hace cerca de treinta y cinco años. Diríamos, con Edward Soja (1983) que la sociedad siempre está espacializándose. Pero la espacialización no es el espacio. La espacialización es un momento de la inserción territorial de los procesos sociales. El espacio es más que eso, pues funciona como un dato del propio proceso social.

5.12 La espacialización no es espacio

El espacio es el resultado de la suma y la síntesis, siempre reelaborada, del paisaje con la sociedad a través de la espacialidad. El paisaje permanece y la espacialidad es un momento. El paisaje es cosa, la espacialización es funcional y el espacio es estructural. El paisaje es relativamente permanente mientras que la espacialización es mutable, circunstancial, producto de un cambio estructural o funcional. El paisaje precede la historia que se escribirá sobre él o se modifica para acoger una nueva actualidad, una innovación. La espacialización es siempre el presente, un presente que huye, mientras que el paisaje es siempre el pasado, aunque sea reciente.

El espacio es igual al paisaje, más la vida que existe en él; es la sociedad acoplada en el paisaje, la vida que palpita conjuntamente con la materialidad. La espacialidad sería un momento de las relaciones sociales geografizadas, el momento de la incidencia de la sociedad sobre una determinada disposición espacial.

La espacialización no es tan solo el resultado del movimiento de la sociedad, porque depende del espacio para

realizarse. En su movimiento permanente, en su búsqueda incesante de geografización, la sociedad está subordinada a la ley del espacio preexistente. Su subordinación no es el paisaje, que considerado aisladamente es un vector pasivo. Es el valor atribuido a cada fracción del paisaje por la vida -que metamorfosea el paisaje en espacio- lo que permite la selectividad de la espacialización. No se trata de un proceso autónomo, porque en su orígen, depende de las relaciones sociales y al final no es independiente del espacio, ni su concepto substituye el concepto de espacio. La espacialización tampoco es apenas el resultado del movimiento de la sociedad, porque depende del espacio.

6

Configuración territorial y espacio

Los conceptos de paisaje, configuración territorial y espacio son diferentes. El paisaje no es la configuración territorial, aunque sea una parte de ella. La configuración espacial no es el espacio, aunque participe también en él. La configuración territorial es el territorio, más el conjunto de objetos existentes en él; objetos naturales u objetos artificiales que la definen. Muchas veces lo que imaginamos como natural no lo es, mientras que lo artificial se vuelve "natural" cuando se incorpora a la naturaleza. Así, las cosas creadas ante nuestros ojos y que para cada uno de nosotros constituyen lo nuevo, aparecen como un hecho banal para las nuevas generaciones. Lo que vimos construir es, para las generaciones siguientes, lo que existe ante ellos como naturaleza. Descubrir si un objeto es natural o artificial exige la comprensión de su génesis, es decir, de su historia.

6.1 Configuración territorial y paisaje

Sea cual sea el país y el estado de su desarrollo, siempre existe una configuración territorial formada por la constelación de recursos naturales, lagos, ríos, planicies, montañas y bosques; y también por los recursos creados: carreteras, ferrocarriles, conducciones de todo orden, diques, presas, ciudades, y otros. Ese conjunto de todas las cosas dispuestas como sistema es lo que forma la configuración territorial, cuya realidad y extensión se confunden con el propio territorio de un país. Tipos de bosques, suelo, clima, deslizamentos, son interdependientes, como también son las

cosas que el hombre sobrepone a la naturaleza. Es más, la interdependencia se complica y completa justamente porque se presenta entre las cosas que llamamos naturales y las que llamamos artificiales.

El paisaje es el conjunto de objetos que nuestro cuerpo alcanza a percibir e identificar. Como simples peatones, sería el jardín, la calle o el conjunto de casas de enfrente. Una fracción más extensa de espacio que nuestra vista alcanza a ver desde lo alto de un edificio. Lo que vemos desde un avión que vuela a 1.000 mt de altura es un paisaje, como el que percibimos en una extensión todavía más vasta, cuando lo divisamos de una altura mayor. El paisaje es nuestro horizonte, estemos donde estemos.

Es también el contacto de nuestro cuerpo con el cuerpo orgánico que es la naturaleza. A través del paisaje, la configuración territorial apenas se plantea parcialmente miniaturizada en las fotografías o los mapas, en la medida en que dominemos las informaciones. Pero la configuración territorial es siempre un sistema, o mejor, una totalidad, aunque inerte. La naturaleza es una totalidad y un sistema siempre que no haya independencia entre las partes; ni en la naturaleza llamada natural, ni en la naturaleza transformada. Pero el paisaje no es total, sino parcial. Es siempre sectorial, un fragmento, y por eso hasta su percepción nos engaña, y no nos puede conducir directamente a la comprensión de lo real, porque nunca se presenta como un todo.

La configuración territorial, sin embargo, es un todo. Al más rico y audaz de los mercaderes, de nada le valdrá comprar un trozo de una carretera. ¿Qué podría hacer con eso? ¿De qué sirve adquirir un pedazo de calle? ¿Qué se puede hacer con ese fragmento, sino utilizarlo dentro y en función de la totalidad de las cosas que forman la configuración territorial?

El paisaje es el conjunto de cosas que perciben directamente nuestros sentidos; la configuración territorial es el conjunto total, integral de todas las cosas que forman la naturaleza en su aspecto superficial y visible; y el espacio es el resultado de un matrimonio o un encuentro sagrado, mientras dura, entre la configuración territorial, el paisaje y la sociedad. El espacio es la totalidad verdadera porque es dinámico, es la geografización de la sociedad sobre la configuración territorial.

Las formas pueden, durante mucho tiempo, seguir siendo las mismas, pero como la sociedad está siempre en movimiento, el mismo paisaje, la misma configuración territorial, nos ofrecen, en el transcurso de la historia, espacios diferentes.

6.2 El espacio: fijos y flujos

El espacio está siempre formado de fijos y de flujos. Tenemos cosas fijas, flujos que provienen de esas cosas fijas, y flujos que llegan a esas cosas fijas. Todo este conjunto es el espacio.

Los fijos nos muestran el proceso inmediato de trabajo. Los fijos son los propios instrumentos del trabajo y las fuerzas productivas en general, incluyendo la masa de hombres. Es por esta razón que los diversos lugares, creados para ejercitar el trabajo, no son idénticos y su rendimiento está relacionado con la adecuación de los objetos al proceso inmediato de trabajo. Los flujos son el movimiento, la circulación y por lo tanto también nos explican los fenómenos de la distribución y del consumo. De ese modo, las categorías clásicas, es decir, la producción propiamente dicha, la circulación, la distribución y el consumo, pueden estudiarse por mediación de esos dos elementos: fijos y flujos.

El análisis de los flujos es a veces difícil a causa de la ausencia de datos. Pero el estudio de los fijos permite abordarlo más cómodamente, a través de los objetos localizados: agencias de correos, sucursales bancarias, escuelas, hospitales, fábricas... Cada tipo de fijo tiene sus características, técnicas y oganizacionales. Y de ese modo, a cada tipo de fijo corresponde una tipología de flujos. Un objeto geográfico, un fijo, es un objeto técnico pero también un objeto social, gracias a los flujos. Fijos y flujos interactúan y se alteran mutuamente.

6.3 Los fijos

A partir de ese dato tal vez podamos abordar de otra forma aquella antigua discusión, al oponer lo que se

acostumbra llamar espacio económico a lo que se considera espacio geográfico. El espacio económico es un conjunto de puntos y de flujos, mientras que el espacio geográfico es el espacio banal. Pero no se pueden distinguir, ya que los fijos provocan flujos en función de sus datos técnicos, que son generalmente locacionales, pero también en función de datos políticos. Los fijos, como instrumentos de trabajo, crean masas. Pero no basta crear masas, es imperativo provocar su movimiento. Y la capacidad de movilizar una masa en el espacio la produce exactamente el poder económico, político o social, poder que, por eso es mayor o menor según las empresas, instituciones y los hombres en acción.

A través de la historia vemos un cambio de importancia relativa de cada una de esas instancias en la realidad y en la interpretación espacial. Hoy en día, ciertamente más que nunca, al alcanzar los fijos una gran importancia, la circulación tiene una importancia fundamental, entre otras razones por el hecho de que el producto se internacionalizó y, por consiguiente, ha de distribuirse por todo el mundo, independientemente de fronteras y de distancias. Por otro lado, la necesidad de acumulación se agravó y, por consiguiente, la circulación alcanzó un ritmo frenético. Quien tiene menos rapidez de movimiento ve como su producto y su medio de trabajo se desvaloriza.

6.4 Sistemas de ingeniería

El conjunto de fijos, naturales y sociales, forma sistemas de ingeniería, sea cual sea el tipo de sociedad. Hasta las llamadas civilizaciones primitivas disponían de sistemas de ingeniería y a veces hasta mejor elaborados que los actuales, porque con ingenio y arte, emprendían proyectos con pocos medios. El dominio, por ejemplo, de las aguas saladas en un país como Guinea Bissau, que todavía es económicamente pobre y atrasado, ilustra perfectamente esa capacidad de amoldar la naturaleza con la construcción de diques, para desalinizar la tierra y sembrar arroz. Se trata de un caso límite de elaboración de un sistema de ingeniería, que se define como

un conjunto de instrumentos de trabajo añadidos a la naturaleza y de otros instrumentos de trabajo que se localizan por encima estos, en una orden creada para y por el trabajo. La naturaleza es más, es un orden, aunque se nos presente con diferentes niveles de organización, tanto en la naturaleza natural como en la artificial. Por ejemplo, el nivel de organización de un cristal aislado no tiene nada que ver, en dimensión y escala, con el nivel de organización de un macizo como el del altiplano Diamantinao. Ni las "bolanhas" guineanas son, desde ese punto de vista, comparables con las grandes máquinas urbanas que las metrópolis modernas constituyen.

Dentro de la naturaleza modificada por el hombre, los niveles de organización son tan diversos como los niveles de humanización de la naturaleza. Los sistemas de ingeniería evolucionan con la historia. De forma general, podemos afirmar siempre que pasamos primero de un uso mayor del trabajo a un uso mayor del capital. Por ejemplo, en el caso del arroz de *bolanha* de Guinea, es el trabajo quien construye los diques, los canales de irrigación o drenaje, mientras que en los países más ricos, los sistemas modernos de irrigación y drenaje, es más el capital quien lo lleva a cabo y, por eso mismo auyenta al trabajo. Por esto la palabra y el acto de irrigar tienen, con el tiempo, significados diferentes desde un punto de vista no apenas técnico, sino económico, social, político y cultural, y paralelamente la evolución de los sistemas de ingeniería transcienden la naturaleza que se vuelve más y más artificial. Esa conquista no es homogénea, al estar algunas áreas más imbuidas de esas verdaderas prótesis que otras. Los sistemas de ingeniería pasan de un aislamento a una interdependencia creciente. Veamos por ejemplo el caso de los generadores de electricidad. De un número enorme de empresas, casi tan numerosas como el número de localidades con este servicio, nos encontramos hoy con una tendencia a la unificación tanto técnica como organizacional. Lo mismo sucede con el teléfono, los ferrocarriles, las carreteras. La tendencia a una mayor interdependencia va acompañada de una mayor diversificación y expansión de objetos técnicos en el espacio. Al mismo tiempo que las actividades capitalistas aumentan su presencia en el

territorio, se plantea lo contrario con los espacios indiferenciados.

La evolución de los sistemas de ingeniería también implican pasar de una división del trabajo local y simple, a una cooperación geográficamente extendida y compleja, de pocas a muchas mediaciones al usar técnicas cada vez más extrañas al grupo. Por ejemplo, la irrigación creada en el siglo pasado en la región de Brumado, en Bahia, se hacía (y todavía se hace) con técnicas que en realidad eran el resultado de una interacción directa, casi sin mediación entre el grupo y su porción de naturaleza. Mientras tanto, las nuevas formas de irrigación son el resultado de técnicas extrañas al grupo. Paralelamente, cada vez que se desarrolla el sistema de ingeniería, el control de su utilización se vuelve más unificado. Hay una unificación del control de esos sistemas tanto desde el punto de vista de la economía como del institucional. Pasamos también de flujos cortos en el espacio, y que actúan en áreas limitadas, a flujos que se expanden con el apoyo de nuevos sistemas de ingeniería. El interés de las grandes naciones por crear grandes complejos hidroeléctricos en los países pobres, naturalmente financiados por el Banco Mundial (que es el gestor de sistemas a escala internacional), se justifica mientras los sistemas de ingeniería tengan tendencia a universalizarse, por lo menos en cuanto a su uso.

6.5 División del trabajo a escala

Pero sobre todo, lo importante es que, con la evolución de los sistemas de ingeniería, la propia noción del tiempo cambia: el tiempo de producción, el de circulación, el de consumo y el de producción de la plusvalía. Mientras más evolucionan los sistemas de ingeniería, más cosas se producen en menos tiempo. También se transportan más objetos en menos tiempo, el consumo es más inmediato, y facilitan cada vez más, gracias a los equipamentos creados por el Estado, la circulación. Se altera la relación capital-trabajo, es decir, la ecuación de los empleos, y cambia la estructura profesional,

aumentando el número de técnicos, administradores y otros trabajadores terciarios.

Por la forma como el capital fijo se distribuye en el espacio, es posible discernir las articulaciones que se crean, en cualquier momento, tanto en la articulación interna a cada subespacio como también entre subespacios. Estas articulaciones nos explicarán el movimiento de la urbanización y su repartición en el territorio. Nos parece que esto es posible al eliminar la posiblidad de un debate conceptual o una guerra de libros, partiendo de la realidad y volviendo a ella, a través de la construcción de un cuerpo conceptual. En esa construcción intelectual, un dato fundamental es la noción de escala, pero no propiamente como un dato espacial, sino, sobre todo, como un dato temporal; por el hecho de que la división territorial del trabajo es claramente función del tiempo histórico. Por esto podemos trabajar con el matrimonio indisoluble, que existe en lo real, entre las nociones de tiempo y espacio. Es evidente que, dentro de un territorio existe una oposición entre escalas. Cada escala corresponde a un nivel de intencionalidad. El del gobierno federal no es obligatoriamente el mismo nivel de intencionalidad del de un gobierno estatal o municipal, o de una agencia regional. El nivel de intencionalidad de la empresa que usa el espacio nacional como un todo, no es el mismo, ni tiene la misma cualidad o dirección, que el de una empresa que apenas puede usar una fracción del espacio o que tenga su radio de acción limitado a apenas algunos barrios de una ciudad. La noción de escala es entonces esencial para comprender la diversidad y el enfrentamiento entre intencionalidades de diversos niveles, las cuales se manifiestan por medio de decisiones y repercuten en el orden económico, cultural, político y moral, así como en el orden territorial.

6.6 Periodizaciones

Otra noción indispensable es, por consiguiente, la de periodización que implica a otras dos: la noción de régimen y la de ruptura. El régimen lo integra el conjunto de variables que funcionan armónicamente, durante una porción considerable de

tiempo, pero cuya evolución no es homogénea. Siempre hay desniveles entre las diversas variables. Lo que les permite trabajar, es decir funcionar en conjunto, es la existencia de una organización encargada de imponer reglas de acción. La organización es la que mantiene las cosas funcionando durante un cierto período de tiempo de una manera concreta, a pesar del movimiento real de la sociedad. Esto se mantiene hasta el momento en que la organización deja de ser eficaz. Aquí es cuando se presenta la ruptura, señal de crisis e inicio de otro período.

Esa noción de periodización es fundamental porque nos permite definir y redefinir los conceptos y, al mismo tiempo, autoriza la empirización del tiempo y del espacio en su conjunto. En realidad, nuestro gran problema no es empirizar el espacio, que también está formado por cosas materiales y tangibles; sino empirizar el tiempo y el espacio al mismo tiempo. Hacer esto equivale a utilizar, en el dominio del análisis espacial, la extraordinaria aportación epistemológica de Einstein, para quien el espacio y el tiempo son equivalentes sin ser apenas simultáneos. Tiempo es espacio y espacio es tiempo. Para trabajarlos conjuntamente y de forma concreta, tienen que empirizarse y esta empirización es imposible sin la periodización. Es a través del significado particular, específico de cada segmento de tiempo, cuando aprendemos el valor de cada cosa en un momento concreto. ¿Qué valor tiene hoy una red de irrigación construida en el siglo pasado, o qué significa un camino vecinal? Ambos pueden tener la misma realidad aparente, ayer y hoy, pero no el mismo significado, que cambió, por el mero hecho de que tiene otro papel en la economía y en la sociedad. Esto, además, es válido para cualquier objeto que estemos tratando.

Una empirización efectiva, útil, eficaz, sólo se puede hacer cuando se alcanza una periodización, la cual permite definir, o mejor, redefinir las cosas, que se nos presentan como si fueran las mismas, por sus formas, por la realidad de su existencia o por su cuerpo. Por eso mismo nos abren la posibilidad de incurrir en falsedades, ya que una misma cosa deja de ser lo que era antes, en el transcurso de la historia, a medida que cambia su contenido histórico. Así se nos plantea,

en un solo tiempo, el rehacer la historia, mientras nos empujan a revisar el pasado, con criterio coherente, pero sobretodo nos permite también descubrir la tendencia, es decir, volver al futuro e intentar imaginar lo que va a pasar. En ciertas condiciones sociopolíticas, por ejemplo, un cierto tipo de actividad productiva crea una cierta ecuación de empleo, si se realiza a partir de un determinado sistema de ingeniería. Pero sabemos que si cambia el sistema de ingeniería en cualquier aspecto, la tendencia es que esa ecuación de empleo también cambie.

Al conocer el valor de cada variable, estamos más cerca de saber qué intervención es necesaria para obtener tal o cual resultado. También es verdad que existen imponderables, sobre todo porque, como vimos, hay diferencias de escala e intencionalidad entre escalas.

6.7 Por una visión prospectiva

Una visión prospectiva que permita vislumbrar el futuro de forma objetiva, debe tener en cuenta diversos datos, bajo un mismo nexo: fijos y flujos; sistemas de ingeniería, paisajes, configuraciones territoriales y espacio; vida urbana y mundo agrícola, formas antiguas y nuevos procesos; regímenes y rupturas; procesos económicos, políticos y culturales, etc. Las tendencias que lo permiten son, entre otras, la nueva ecuación del empleo, la nueva estructura demográfica, la nueva estructura fundiaria, la participación en la economía del capital fijo, del capital circulante y del capital constante y variable. También, por ese método, se podrán entrever, para cada fracción del espacio, las necesidades de avance del capital inherentes a cada producción, y hasta las nuevas distribuciones locales de clase.

A través de un estudio de ese tipo, también se pueden vislumbrar las migraciones como resultado de la adición de más capital a un espacio. Así es como se crean, además, corrientes migratorias en los dos sentidos: provocando la expulsión de los que no se adaptan a los niveles técnicos y de capital instaurados y aproximando para el área aquellos dotados de las nuevas

capacidades exigidas para desarrollar el nuevo instrumental científico y técnico. Un método elaborado de esta forma sistemáticamente aplicado, nos permitirá entrever igualmente las nuevas tendencias del uso del territorio, que incluyen las de urbanización, el papel renovado y los nuevos conflictos entre las diversas instancias administrativas y, por último, las diversas facetas de un movimiento social integrado sin dejar de ser contradictorio.

Así nos daremos cuenta, en el mismo movimiento, de las posibilidades ya realizadas en lo real y de las que se mantienen en reserva. Debemos entonces recordar que si lo real es lo verdadero, lo posible es siempre mayor que lo real y el futuro más amplio que lo existente.

El presente es lo real, lo actual que se desvanece y sobre él, como sobre el pasado, no tenemos ninguna fuerza. El futuro es el que constituye el dominio de la voluntad y es en base a él donde debemos centrar nuestro esfuerzo, para hacer posible y eficaz nuestra acción.

7

De lo físico a lo humano. De lo natural a lo artificial. Geografía Física. Geografía Humana

El hombre constituye, dentro de la naturaleza, una forma de vida. ¿Qué lo distingue de otras formas de existencia? Las respuestas son numerosas, por ejemplo que el hombre se distingue de otras formas de existencia porque tiene la posibilidad de hablar, o porque es el único animal erecto, o aún más, porque es el único capaz de pensar, de reflexionar...

Todas estas respuestas, aunque ciertas, son insuficientes para caracterizar dentro de la naturaleza, la gran distinción entre el hombre y otras formas de vida. El factor distintivo determinante es el trabajo; lo que hace del hombre una forma de vida *sui generis* es su capacidad de producir.

7.1 El Hombre y la producción

El trabajo es la aplicación de la energía del hombre sobre la naturaleza, directamente o a través de dispositivos mecánicos, que son prolongación de su cuerpo, con la intención de reproducir su vida y la del grupo.

Algunos afirmarían que otros animales también realizan trabajo, cuando de alguna forma utilizan y modifican la naturaleza, pero el hombre es el único que reflexiona sobre la realización de su trabajo. Antes de lanzarse al proceso productivo, piensa, razona y, de alguna manera, prevé el resultado que tendrá su esfuerzo.